



HISTORIA DE  
**JULIA**  
**HERNÁNDEZ,**  
*la Joven Suicida.*

— ESCRITO POR —  
INÉS MARÍA FRESNO BASULTO



# Índice

<u>Prólogo del responsable de la digitalización</u>	2
<u>A los Lectores</u>	4
<u>Presentación</u>	5
<u>¿Cómo y por qué soy Espiritista?</u>	9
<u>En la casa de la Tragedia</u>	12
<u>La Historia. Los Errores del Pasado son Lágrimas del Presente. Capitulo I</u>	18
<u>Capitulo II - Matrimonio sin amor</u>	24
<u>Capitulo III - El Espanto de la doncella</u>	29
<u>Capitulo IV - Hacia el viejo castillo</u>	32
<u>Capitulo V- Nacimiento de una pasión</u>	33
<u>Capitulo VI - Visita maldita</u>	36
<u>Capitulo VII - La perfidia de una amistad</u>	40
<u>Capitulo VIII - La idea diabólica</u>	41
<u>Capitulo IX - Incontenida pasión</u>	44
<u>Capitulo X - La vía dolorosa</u>	45
<u>Capitulo XI - La terrible afirmación</u>	49
<u>Capitulo XII - Soliloquio trágico</u>	51
<u>Capitulo XIII - La cámara nupcial fue la cámara de la muerte</u>	55
<u>Capitulo XIV - Flores letales</u>	56
<u>Capitulo XV - Otra víctima más</u>	61
<u>Capitulo XVI - La confesión</u>	64
<u>Capitulo XVII - En la tumba de Dolores</u>	66
<u>Capitulo XVIII - El crimen no apagó la pasión de Bertha</u>	67
<u>Capitulo XIX - Remordimiento cruel</u>	68
<u>Capitulo XX - Una carta de la madre de Dolores</u>	71
<u>Capitulo XXI - Terrible confusión</u>	73
<u>Capitulo XXII - La voz de la consciencia</u>	75
<u>Capitulo XXIII - La confesión del doctor L...</u>	76
<u>Capitulo XXIV - La suprema venganza</u>	78

<u>Capítulo XXV - Comentario de los aldeanos</u>	81
<u>Capítulo XXVI - Sufrimiento de las madres.</u>	82
<u>Epílogo</u>	83
<u>Tristeza y consuelo</u>	86
<u>Remember</u>	89
<u>¡María!</u>	91
<u>Los hechos del presente - Consecuencias del pasado</u>	
<u>- Revelaciones de una tragedia en el mar</u>	96
<u>Epílogo</u>	107
<u>Inés María Fresno Basulto - Breve reseña biográfica</u>	109

## **Prólogo del responsable de la digitalización**

Con la presente digitalización de *La historia de Julia Hernández, la joven suicida*, deseo poner a disposición de los lectores una obra que ocupa un lugar especial tanto en mi familia como en mi memoria personal. La autora, Inés María Fresno Basulto, fue miembro de mi familia. Precisamente este vínculo familiar me ha impulsado a hacer accesible su obra. Por ello, este proyecto no constituye únicamente una iniciativa de carácter literario e histórico, sino también una expresión del vínculo que me une a una mujer cuya vida, labor y convicciones forman parte de mi propia historia familiar. Inés María Fresno Basulto dedicó su vida al trabajo espírita y dejó varios escritos que dan testimonio de sus creencias, de su sensibilidad y de su deseo de ofrecer respuestas a las grandes preguntas de la existencia humana. Con esta edición digital, aspiro a contribuir a la preservación y difusión de su legado, poniéndolo nuevamente al alcance de quienes se interesan por su pensamiento y por el contexto histórico y espiritual en el que desarrolló su obra.

Sus obras reflejan las concepciones espíritas de su época y abordan temas como el amor, el sufrimiento, la culpa, el perdón, la reencarnación y el desarrollo espiritual. Dentro del movimiento espírita en Cuba desempeñó un papel activo. Fue miembro y posteriormente presidenta del Centro Espírita «Amalia Domingo Soler», y durante muchas décadas se dedicó a la difusión de la doctrina.

Sus escritos nacieron de la convicción de que la vida humana no termina con la muerte y de que las experiencias del alma están vinculadas entre sí a lo largo de múltiples existencias. En este sentido, no concebía su labor como un mero entretenimiento literario, sino como un mensaje de carácter espiritual y moral.

Independientemente de que los lectores compartan o no las concepciones espíritas presentes en esta obra, espero que puedan reconocer en ella un testimonio de su tiempo, así como una expresión de las convicciones y experiencias vitales de su autora. La obra es reflejo de una época, de una cosmovisión espiritual y de una personalidad que dedicó gran parte de su vida a reflexionar sobre las cuestiones fundamentales de la existencia, la muerte y la evolución del espíritu.

Deseo que esta edición contribuya a dar a conocer la vida y la obra de Inés María Fresno Basulto más allá de las fronteras de Cuba. Asimismo, espero que los lectores encuentren en esta narración no solo una historia singular, sino también motivos para reflexionar sobre la responsabilidad, la compasión, el perdón y la importancia perdurable de los vínculos humanos.

*José Fernando Labrada Silvera*  
3 de junio de 2026

## A los Lectores

Hermano lector:

Al leer la presente historia, procura analizar el fondo de la misma, puesto que no es el producto de una imaginación exaltada, que vuela en alas de fantasía. Por el contrario es la prueba de un espíritu que ama, con puro sentimiento, a sus hermanos de la tierra, y que, a modo de ejemplo, expone los errores que cometió un ser enloquecido por los celos, para que pueda servirte de experiencia en tu existencia corporal.

Después de esta advertencia, hermano lector, te pido no critiques la forma, que demasiado sé que es imperfecta. Mejor te valdría hacer un análisis profundo para encontrarte frente a una de las verdades irrefutables que se ocultan tras el impenetrable misterio que, para el hombre, incrédulo, representa la Muerte.

## Presentación

Nada más satisfactorio que la emoción de haber cumplido con el deber de la fraternidad, en la acepción elevada del vocablo.

Y esa emoción, que ahora tiene en mí expresión hacia lo exterior, es decir, hacerla salir de lo íntimo, en que la sentimos, como una manifestación elocuente de que es verdadera, es profunda y es sincera, debe ser como la que preludian las primeras notas de una orquestación que, en el conjunto melódico brotan de los instrumentos para que las comprendan las almas afines, las que, sin buscarse se encuentran, se juntas y continúan unidas en la comba sideral de la espiritualidad.

Así fue, así ha sido y así es. Un hallazgo sorprendente, tan singular, como si se tratara de una gema, cuyas múltiples facetas, cada una, deslumbrara con una luz distinta y brillante.

Es así mi concepto de haber hallado en el sendero de la espiritualidad, a la señora Inés María Fresno Basulto, residente en un rincón de la montañosa región de la parte oriental de Cuba, porque, si hay médiums por las cuales se han revelado los misterios de lo que denominamos otro mundo, en la damita a que nos referimos, se revelan, esas mismas cosas, pero partiendo desde el punto interesante del mundo en que vivimos y conocemos, tan íntimamente relacionado con esos velados misterios que se develan al transponerse el silencio de las tumbas.

Si he hablado de hallazgo es preciso que me explique. En el proceso histórico del desarrollo del Espiritismo, se conocen muchos fenómenos, que por su importancia se han calificado de sorprendentes, y, ciertamente, que lo han sido. Pero lo que se produce en la médium, señorita Inés María Fresno Basulto, es extraordinario, y es excepcional; y más que todo eso, es trascendente; trascendencia incuestionable, a

pesar del descreimiento ambiental de la humanidad, y aún a pesar de muchos de los que creen en la Doctrina Espírita porque sólo aprecian lo que su limitada comprensión le permite aceptar.

Con sencillez y naturalidad escritas, las narraciones que describe, nos conducen, como de la mano, para asistir a los lugares en que se desenvuelven las tragedias, como nos hace vivir las circunstancias que se concitan para hacerlas patéticas unas veces; y, otros idílicos, los pasajes descriptivos de las historias de otras existencias de los personajes que concurren en las emocionantes historias.

A través de un largo tiempo hemos estudiado cuidadosamente, todo lo escrito por la señorita Inés María Fresno Basulto, llegando a la conclusión de creer, afirmativamente, como ella lo hace, que sus producciones son dictadas por una Entidad Inteligente, que va marcando en acompasado ritmo, se pudiera decir, todos los incidentes que forman las historias de existencias anteriores de perdonas que, a poco, convivieron entre nosotros, que la médium señorita Inés María Fresno Basulto, conoció, y cuyas familias están con ella enlazadas por la amistad y por la sustentación de las mismas creencias, sin que, durante la publicación de esas dos narraciones, haya tenido una sola observación de los citados familiares, sino por el contrario, han sido los primeros en estimular la publicación de esas narraciones, en las que se citan nombres de las personas que viven y que fueron testigos presenciales del suceso, del cual parten las historias que confirman la inmortalidad del alma.

En Oriente, la apartada región de la Isla de Cuba, se han producido, a través de la Historia, muchos acontecimientos en los cuales hombres y mujeres notables, han sido puntos centrales de los mismos, la repercusión de los cuales ha recorrido ambos hemisferios.

Ahora, en una labor tesonera desde hace muchos años, empieza la Unión Social Espiritista de Oriente, a presentar ante los Espiritistas de Cuba y del mundo, los valores positivos de la Doctrina, cuya dedicación ha logrado alcanzar lo que pocos han alcanzado en la trayectoria recorrida.

Y esa valoración pública, se ha empezado a realizar, presentando a la señorita Inés María Fresno Basulto, como una pionera singular que representa una legítima heredera, de lo que fue Amalia Domingo Soler, para el Espiritismo; y una precoz mediadora entre el mundo material y el mundo invisible.

**ENRIQUE ROSELL CARBO**

Director del periódico Espiritista UNION SOCIAL

Enero de 1948



*Inés María Fresno Basulto*

## ¿Cómo y por qué soy Espiritista?

Ligera explicación a los lectores del libro:

Empezaré por decir que hace diez años conocí la existencia de los Espíritus. Era entonces yo una jovencita de 16 años escasos, si bien con un corazón en el que estaba bien formado el mayor respeto a Dios y con un perfecto concepto de las consideraciones que se le debe tener a sus semejantes.

En esa edad, en mi casa no se practicaba el Espiritismo; pero mi padre - que Dios le dé luz y progreso a su Espíritu- lo conocía porque lo había estudiado.

Muy niña aún, Dios dispuso que mi progenitor me abandonara. En mi alma siempre hubo la idea de que existiese algo superior al cuerpo, y que no muere.

Un día, inesperadamente, los Espíritus llegaron a mí y tomaron mi organismo. No digo nada extraordinario al señalar esto, porque hoy es muy frecuente esa incorporación lo que sí fue raro en mí, el fervor y el entusiasmo que me produjo la certeza de que el espíritu no moría jamás. Esto me daba la seguridad de poder estar en relación con el que en la tierra fue mi padre carnal, a cuya memoria rindo yo un culto perenne. Y ese padre mío, que sigue siéndolo espiritual, se acercó a mí, me trazó un camino y me mostró una nueva luz en ese sendero. Mi razón despertó y se amplió. Acepté la tarea de predicar y de practicar el Espiritismo. Desde entonces he venido consagrada a la exteriorización de las manifestaciones de los habitantes de un mundo que no está lejos de la humanidad, sino que es la vinculación continuada de nuestra vida y de nuestras luchas.

En torno al designio con que la Naturaleza me ha escogido, hay un hecho insólito, que he afrontado con todas sus consecuencias, y sin medir los trastornos que él proporcionó a mi concepto de mujer, con aspiración de cumplir en la tierra la misión que cada cual trae consigo.

El decidirme por las prédicas Espiritistas, me costó un duro sacrificio, el que acepte con estoicismo, de esas mujeres que son protagonistas en las románticas leyendas de las novelas.

¡A qué prueba fui sometida! Pero, ¡qué grande es Dios! ¡Con qué valor lo afronté todo! Gracias al Espíritu que me inspiraba, y que me hacía conocer que mi senda era la de la luz. Él me hacía conocer que no debía apartarme del camino que Dios me había trazado, a pesar de saber que mi corazón estaba sangrando; puesto que yo era un instrumento que el destino le proporcionaba a los Espíritus para cumplir misiones ultra terrenas, lo que podía proporcionar tranquilidad en el alma, al prestarle consuelos a los necesitados.

El tiempo borró de mis sentimientos todo vestigio de sufrimientos y en la dedicación de mi relación con los que llaman “muertos”, he encontrado dulces consuelos a mi Espíritu, al vivir en la comunión con ellos, y con la humanidad doliente, para la que tengo siempre la prestancia decidida para procurar atenuar sus dolores con las enseñanzas de los seres del mundo invisible, que vienen a traernos las realidades de la vida, para lo que hacen de la existencia corporal una engañosa ilusión...

De esa connivencia de mi cuerpo, como instrumento mediumnístico, son producto las historias que he venido publicando en el Periódico espiritista “UNION SOCIAL”, de Santiago de Cuba, y que ahora, presento en este libro, la segunda de las historias dictadas por una Entidad del Espacio, cuya misión parece es educadora, ya que habrá de hacer despertar a la realidad las ilusiones infecundas en que vive la pobre humanidad.

Por lo anteriormente expuesto, que son consideraciones fundamentales para poder hacer afirmaciones, declaro ser Espiritista, además, de ser instrumento mediumnístico a quien le dictan todo lo contenido en este pequeño volumen, el primero de una serie que publicaré en la misma forma.

***Inés María Fresno Basulto***

## En la casa de la Tragedia

Ahora, hermano lector, te vas a trasladar conmigo al solitario Barrio de Corralito, en el cual vive el hermano Primitivo Hernández, Médium de singulares facultades, a quien todos los que le conocen, quieren y respetan. Este buen hermano es el padre de una numerosa familia, a la cual puso bajo el amparo de la Providencia, inculcándole a sus hijos los principios de moralidad y virtudes que la Doctrina Espírita enseña y que él practica hace más de treinta años.

El Amoroso padre, siente gran satisfacción al ver a sus hijos convertidos en hombres y mujeres, los que también, prodigan el bien espiritual.

La vida de los miembros de esa familia, se deslizaba tranquila y feliz, entre el amor al Creador y la fraternidad humana. Pero, un día, inesperadamente, corrió rápidamente, circulando por los contornos del Barrio, una noticia que hizo estremecer de espanto y de pena a los vecinos, aún a aquellos que son indiferentes ante los dolores ajenos. Era que Julia Hernández, la linda y querida joven, idolatrada por sus padres, y mimada por sus amistades, se había suicidado, poniendo, de esa manera trágica, fin a una existencia prometedora, por la virtud que atesoraba, con un tóxico, que paralizó las funciones de su organismo y que selló con el silencio, la palabra amable que siempre brotó de sus labios.

Entre los comentarios que se hacían alrededor de la tragedia de la admirada joven, no hubo uno solo que pudiera explicar el móvil de la violenta determinación. Nadie pudo penetrar en el pensamiento que guardaba la idea trágica; ni hubo quien pudiese sospechar el desenlace de aquella joven que parecía animada por las ilusiones de los años primaverales en que se sueña, se ama, y se vive para las dulces esperanzas de las cosas del mundo terrenal.

Ante el penoso hecho que conmovió a los corazones sensibles, numeroso grupo, en su mayoría pertenecientes a la Sociedad “Amalia Domingo”, de personas agradecidas al hermano Hernández, que lloraba su inmenso dolor, y al Espiritista que tantas lágrimas había secado en sus semejantes, nos dispusimos a llegar al hogar entristecido.

La narradora de este hecho no conocía el lugar donde se desarrolló la tragedia, ni menos a la familia sobre la cual se había desencadenado el dolor, impelido por la tragedia.

Mas, Primitivo Hernández, el espiritista consagrado al bien y a la caridad, y su familia, estaban de duelo, y los que profesábamos la doctrina, teníamos que unirnos a la dura prueba, si bien la desencarnación es para nosotros un hecho natural, cuando Dios la ordena, y nos resignamos ante ella, convencidos de la inmortalidad, también sabemos que hay una responsabilidad en el Espíritu que acorta violentamente su existencia. Por esas consideraciones u circunstancias, llegamos hasta la casa donde se encontraba la joven que acababa de tronchar su vida corporal.

En presencia del cadáver, sufrí un gran dolor. Sentí como mi corazón latía violentamente. Fuertes vibraciones inundaron mi cuerpo. Era que ante el trágico suceso, se me preparaba para recibir el mensaje de un Espíritu, que, como lección educadora, lanza por mi mediación, al conocimiento humano, la historia del pasado de Julia Hernández, la joven suicida, que cortó el hilo de su existencia.

Instrumento de los Espíritus, comprendía lo que por mi estaba pasando. Era el aviso que llegaba a mi desde el mundo invisible. Sin embargo, mi mente estaba embargada por muchas distintas ideas.

Llena de emoción contemplaba en su blanco lecho, el cuerpo inmóvil de la joven muerta. Su rostro era como de virgen pudorosa. Sus labios parecían mostrar una postrer sonrisa. Y en sus ojos hermosos, entornados, parecía proyectarse una visión.

Todo era blanco entorno a la muerta. Flores, guirnaldas, y una corona de azahares, la decoraban, prestándole ese singular encanto que es símbolo de pureza en las desposadas.

La muerte respetó la gracia de su rostro. Sus labios dibujaban una sonrisa, como ofrenda al mundo que dejaba, pero teniendo el alma destrozada por cruel desengaño. ¿Sería que no sufrió al tomar la decisión de poner término a sus días en la tierra? ¿Era que la Parca, piadosa, no quiso descomponer su juvenil belleza?

¡Pobre joven! En su lecho de muerte había algo que me impresionaba fuertemente. Ante la tristeza que embargaba a mi Espíritu, me preguntaba:

- Dios mío, ¿por qué Julia, a quien veo por primera vez, me ha impresionado tan profundamente? ¿Por qué no encontró el amor en el hombre que amaba? ¿Por qué, Julia, nacida y educada en los credos espíritas, no pensó en el Más Allá, y se resignó con su sufrimiento?

¿Por qué, Julia, siendo bella, dulce y cariñosa, halló tantos obstáculos, en su vida? ¿Qué motivos la impulsaron a buscar en la muerte el olvido de su amor?

¿Por qué tantas mujeres y hombres sufren con calma la separación de las personas que se aman al llegar al convencimiento de que no inspiran amor, y que prefieren a otras a quienes amar, o mentirles nuevamente?

¡Te faltó el valor, hermana mía! Por eso no pudiste separarte en vida del hombre a quien le ofreciste tu amor de niña, del cual hiciste culto al transformarte en mujer. Amaste, tierna y castamente. Pero al verlo alejarse, para entregar su corazón y su cariño a otra, despreciando el que tu alma a raudales le prodigaba. Te faltó valor, cándida criatura, y preferiste envenenar tu cuerpo, suicidándote, echando a tu Espíritu una nueva responsabilidad.

¿Por qué no olvidaste? ¿Por qué no arrancaste de tu inmenso dolor la fuerza necesaria para domarlo, convirtiéndolo en un dulce recuerdo que quedara en lo íntimo de tu corazón? ¡Hubieras visto, entonces, la misericordia de Dios, hecha en tu pecho!

¡Pobre joven! Soñaste con el amor y despertaste en el desengaño.

Yo, a veces, ante estas cosas del mundo, niego la existencia del amor.

Cuando me hacía estas reflexiones, que iban cruzando por mi mente, y contemplaba en su lecho, como dormida a la joven que se había suicidado, oí clara y persistente, una voz que me decía:

- Hermana: ¿A qué lamentar tanto la muerte de ese cuerpo? No está bien que tú hagas tal cosa, ya que eres creyente de la Gran Doctrina de la Inmortalidad, y debes comprender los efectos de las causas. ¿A qué llorar la redención de un Espíritu que se libera? ¿No es esto el cumplimiento de una de sus etapas pasadas, con cuyo hecho lo borra?

- Te impresiona su muerte porque es joven y bella; y porque ya sabes el motivo que la indujo a tomar tan extrema resolución: un amor no correspondido. Sin embargo no debes de lamentar lo que representa la ley de Evolución. Recuerda que no hay efectos sin causas, y que las leyes del Creador, son justas y previsoras, y no abandonan a nadie.

En ese dolor, en el que pones tu compasión sincera, existe una causa, cuyos efectos ahora contemplas.

¿Por qué no procuras estudiar en cada alma una parte de su historia, analizándola después?

Yo quisiera enseñarte mucho, para que mucho, a tu vez, pudieras enseñarle a los demás, demostrándoles que nada de lo que parece fuera de lo normal, es una injusticia; y para que comprendas que cada Espíritu evoluciona en su campo de acción, para ampliar sus conocimientos intelectuales, redimiéndose moralmente.

¿Quieres saber por qué hoy contemplas a esa joven muerta por veneno, en este lugar donde el amor de Dios tanto se ha predicado? ¿Quieres saber por qué ese padre carnal tiene que pasar por el dolor de ver muerta a su hija, trágicamente? ¡Este hermano que tanto bien ha hecho a la humanidad! ¡Este hermano que ha envejecido en la noble misión de hacer la caridad en su más amplia aplicación!...

Seguramente, en tus divagaciones, te preguntarás:

- Pero, ¿por qué no hubo un Espíritu bueno que evitara en este hogar - templo de amor- que se consumara este hecho?

Y yo te contestaría: - Hermana mía, porque así tenía que suceder. Ya te he dicho que no hay efecto sin causa, y que todo sigue su curso evolutivo.

Por estas razones vuelvo a recomendarte que escribas, que estudies y que analices, que terminarás por darme la razón.

- „Ich möchte dir viel beibringen, damit du wiederum anderen viel beibringen kannst und ihnen zeigst, dass nichts, was ungewöhnlich erscheint, eine Ungerechtigkeit ist; und damit du verstehst, dass sich jeder Geist in seinem Wirkungsbereich weiterentwickelt, um sein intellektuelles Wissen zu erweitern und sich moralisch zu läutern.“

- „Möchtest du wissen, warum du heute an diesem Ort, an dem die Liebe Gottes so sehr gepredigt wurde, diese junge Frau siehst, die an einer Vergiftung gestorben ist? Möchtest du wissen, warum dieser leibliche Vater den Schmerz ertragen muss, seine Tochter auf so tragische Weise tot vorzufinden? Dieser Bruder, der der Menschheit so viel Gutes getan hat! Dieser Bruder, der in der edlen Mission, Nächstenliebe in ihrer weitesten Ausdehnung zu üben, alt geworden ist!...“

- Sicherlich hast du dich in deinen Gedanken gefragt: „Aber warum gab es keinen guten Geist, der in diesem Zuhause – diesem Tempel der Liebe – verhindert hätte, dass sich dieses Ereignis vollzog?“

Und ich würde dir antworten: „Meine Schwester, weil es so geschehen musste. Ich habe dir bereits gesagt, dass es keine Wirkung ohne Ursache gibt und dass alles seinem evolutionären Lauf folgt. Aus diesen Gründen empfehle ich dir erneut, zu schreiben, zu studieren und zu analysieren; du wirst mir schließlich Recht geben.“

## La Historia.

### **Los Errores del Pasado son Lágrimas del Presente**

#### **CAPITULO I**

En un elegante chalet, rodeado por grandes verjas, y medio oculto entre el verdor de los árboles centenarios, tenía, cercana a una aldea, su residencia, la señora Bertha Valencia viuda de don Robustiano Altamira. Esta dama, joven muy bella y rica, era la última descendiente de una familia de ilustre abolengo español. En la aldea era admirada y respetada por todos sus moradores. De tiempo en tiempo, solía pasar temporadas en aquel dominio, que era como un refugio para vivir a plena connivencia con la Naturaleza, y sus pensamientos.

Los habitantes de la comarca, eran gentes sencillas y buenas. Nunca podían precisar cuando llegaba a habitar su mansión campestre la señora valencia. Solo se advertían de su ausencia cuando veían cerradas las puertas y balcones de la suntuosa morada. La dama acostumbraba a hacer sus viajes en el silencio de la noche, y sin que ningún morador de la aldea recibiera aviso alguno.

Nada de estas cosas era preocupación para los habitantes de la citada aldea, entregados, como estaban, a sus diarias tareas.

Esos vecinos experimentaban satisfacción, cuando a su paso, se encontraban a la hermosa dama, que era alta, de arrogante continente, en cuya cabeza lucía espléndida cabellera rubia. En su rostro, con blancor de armiño, brillaban, como puras esmeraldas, sus grandes ojos verdes.

Bertha vestía todo de negro, cubriendo su cabeza un elegante mantón, y velando su cara por finísimo tul, la esbelta silueta de la recién llegada, se distinguía a lo lejos.

Los vecinos se hacían lenguas corriendo de voz en voz, la presencia de la señora dueña del chalet. Dado el carácter misterioso, por preservarse de la pendencia del vecindario o por querer mantenerse en la soledad, la dama no parecía dispuesta a tener relaciones amistosas con sus vecinos, que en su mayoría eran gentes pobres, que siendo iguales en condiciones, tampoco trataban de acercarse a ella. En esas condiciones de aislamiento, pasaba la vida la acomodada mujer, a quien el tiempo parecía no preocuparle.

Un espléndido atardecer, cuando el sol enviaba a la tierra, como bendición providencial, sus postreros destellos, Bertha venía descendiendo de la pequeña colina que separaba el caserío de la aldea de su residencia. Caminando con paso ligero, llegó hasta la verja. La abrió, saliendo al camino amplio, cubierto de verdes arbustos a ambos lados. Como otras veces, este camino la condujo, maquinalmente, al barrio de los pobres aldeanos. Sus miradas y sus pensamientos parecían volar a otros lares. Al llegar frente a una casita de aspecto humilde, donde la sombra protectora de un cedro, sus ojos, indiferentes a todo, contemplaron, con desdén primero, y con interés después un cuadro sencillísimo, pero atrayente, que la hizo estremecer. ¿Por qué aquella nerviosidad? Ella misma no se lo sabía explicar. Contemplaba a puesta del sol, que alumbraba, con luz mortecina, el cuadro maravilloso que se ofrecía a su vista. Un grupo bellissimo, que llamaba la atención de cualquiera que sintiera afición por el arte plástico y por la poesía. Una jovencita, de largas trenzas negras como el ébano, con un humilde vestido blanco, le pasaba la mano cariñosamente, con esa confianza innata en los que tienen el alma ingenua, a un hermoso perro. A cada caricia recibida de la joven por el celoso animal, lanzaba un pequeño

gruñido, como si agradeciera la distinción de que le hacía objeto su dueña. Sentado en el tronco del árbol, contemplando como en éxtasis, a la joven y al perro, había un joven vestido de azul, gallardamente elegante.

- Vamos, Dolores, deja el perro, que te va a lastimar una mano. Él no entiende de tus mimos.

La jovencita le miró un instante, con toda la expresión de su ternura, y le dijo:

- Alberto, él sí me entiende. ¡No vez! Mueve la cola. Y sonrió con la candidez de sus pocos años.

Fue este el encantador paisaje que pudieron ver los ojos de Bertha, al pasar frente al grupo formado por el árbol, la jovencita, el joven y el perro. Este último, al ver a la enlutada dama dio un salto atroz. Se desprendió de la mano de dolores, y corrió hacia el camino, dando furiosos ladridos. Dolores corrió tras de él, tan pronto salió de su sorpresa, pues ignoraba que pasara por frente a ellos la enlutada dama.

El joven Alberto, al darse cuenta de lo que sucedía, se adelantó a su compañera, llegando junto al perro que amenazaba a la bella paseante, diciéndole:

- No tema, señora. Tom es bueno. Solamente un poco brusco. No la conoce y, menos viéndola vestida en esa forma, que es una nota rara en nuestra aldea.

Alberto ordenó al perro que se callara. Este obedeció de mala gana.

Mientras la enlutada señora recogía su manto, que con el susto se le había caído al suelo, elogiaba al lindo animal, diciéndole al joven que la libró de la embestida del perro:

- ¿Es suyo?

- No – Respondió el apuesto joven. Es de Dolores, al mismo tiempo que le mostraba a la diminuta jovencita, que toda temblorosa había acudido a formar uno más en el grupo.

- Perdone, señora, - Comenzó a decir con armonía en el acento y con algo de emoción en la voz.

Ante la presencia de la linda aldeana, Bertha salió de la momentánea abstracción que el joven le había producido, y miró a la recién llegada, a la vez que interrogándola, le dijo:

- ¿Por qué de ese perdón? Usted no es culpable del accidente. Además, esto me complace, pues así he tenido la oportunidad de conocerles a ustedes. Con un gesto que denunciaba a las claras su imperiosa voz de mandar y de ser obedecida, preguntó: ¿Quién eres?

La jovencita la miró sorprendida, y humildemente le contestó:

- Soy Dolores, señora. Dolores la Aldeana me llaman, porque, después de pasar aquel monte que se ve allí, hay otra Dolores. Soy hija del carpintero Manuel, y María es mi madre. La única hija de mis padres, pues tenía dos hermanas más que murieron hace tiempo.

Bertha interrogó a Dolores diciéndole:

- ¿Y este joven? Pensaba sería tu hermano, porque para casada eres demasiado joven; eres casi una niña.

Con mucho de emoción en la palabra, Dolores le dijo:

- Este joven es mi novio. Es natural de esta aldea, como yo, porque nació aquí; pero no vive en ella. Sus padres tienen un comercio en Cádiz, y él trabaja junto a ellos. Todos los años, desde niño, visita esta aldea, donde vio la luz primera. Tiene aquí una tía, y, además, mis padres son sus padrinos. El motivo principal es que, él y yo, desde niños nos amamos.

Bertha escuchaba la detallada explicación indiferentemente, mientras fijaba su mirada en el arrogante cuerpo de Alberto, como queriendo penetrar en el pensamiento de aquel singular tipo de campesino, que tenía presencia de aristócrata, en el que los últimos rayos del sol poniente, al proyectarse sobre su cabellera negra, le daban un especial aspecto.

Bertha analizaba el tipo de aquel hombre, y lo comparaba con esos grandes señores, que tomaban la indumentaria sencilla para parecer lo que no eran.

uzgaba a la linda aldeana como lo que era: una angelical criatura, pero no para ser la esposa de Alberto, quien, a su juicio, debía aspirar a una mujer que no fuera esta rústica campesina, para hacerla su compañera.

El pensamiento de Bertha volaba a los espléndidos salones a los que asistió de soltera por complacer a los autores de sus días, que, a todo trance, deseaban para ella un hombre de gran renombre, ilustre y de posición económica desahogada, y en cuyos salones jamás viera un mancebo en cuya presencia sintiera la emoción que le produjo este sencillo joven, que no tenía el talante del conquistador, como se observan en los hombres de las grandes ciudades, ni poseía la hipócrita galanura de los que frecuentan los salones de las opulentas sociedades.

Tan absorta se encontraba Bertha en sus pensamientos, que no advertía que el joven Alberto le tendía la mano, y le decía:

- Dispense, señora, pero ya anochece, y dolores debe retirarse a su casa. Y usted, ¿a dónde quiere ir, sola en medio de estos lugares? ¿No teme a la oscuridad?

Bertha vaciló. Hubiera pedido al joven que la acompañara; pero, como ella estaba acostumbrada a que la alagasen en todo, no se atrevió a solicitar la compañía del joven para dirigirse a su residencia, a través de la intensa oscuridad que ya reinaba, al advenir las sombras de la noche.

Dolores fue quien con su inocente sencillez le dijo:

- Señora Bertha: yo puedo irme sola. Mi casa está allí enfrente. Usted no debe regresar sola, pues si le ocurriera algún accidente se encontraría desamparada. Alberto puede acompañarla, en el que usted debe tener entera confianza.

Bertha sonrió ante el ofrecimiento ingenuo de la linda chiquilla y le dijo:

- Gracias, muchas gracias.

Alberto, accediendo a la indicación de su prometida, se dispuso a acompañar a Bertha, no sin antes lanzar una tierna mirada a su amada, que ignoraba en absoluto que en aquella memorable noche, empezaría a tramarse el trágico fin de sus castos amores, porque Bertha se enamoró locamente de Alberto.

## **CAPITULO II**

### **Matrimonio sin amor**

Bertha Valencia, Viuda de Don Robustiano Altamira, se casó sin amor, solamente por complacer la voluntad de sus progenitores, con un hombre que tenía doble edad que ella, y que celoso de su radiante belleza, la tiranizaba, convirtiéndolo en una esclava de su extraña pasión. Así vivió durante cinco años en su amarga compañía, en una casa que poseía su esposo en la provincia de Cádiz. En ese laxo de tiempo nunca pudo ser dichosa, no pudiendo ¡ siquiera vivir una vida tranquila. Si amar a su esposo, sin ser comprendida, entre aquel torbellino de amarguras, llegó a odiarlo, ya que se había convertido para ella en algo más que un verdugo. ¿Qué podía desear esta víctima para su torturador?

La muerte de su esposo era lo único que podía librarla de aquel tirano de su belleza y de su alma. Y su mente empezó a valorizar tal pensamiento, puesto que la liberaría de los grotescos pronunciamientos de aquella bestia humana, a la que ya aborrecí de todo corazón.

La casualidad vino en su ayuda, poniendo en sus manos la existencia de su mal querido esposo.

A la sazón, el señor de Altamira, se encontraba padeciendo de angina, y al encontrarse bajo los efectos de un ataque, el médico que lo asistía afirmaba que la muerte podría sobrevenirle cuando menos lo esperara.

Una noche Bertha no durmió, por haber tenido un gran disgusto con su esposo. Ella quería dar un paseo para expansionar un poco su abatido Espíritu; pero el caprichoso celoso esposo, en el acaloramiento de la discusión, la golpeo de mala manera, hasta hacerla perder el conocimiento. Bertha rodó por el suelo. Al verla desmayada, se asustó.

Quiso levantarla, pero no pudo, por haberle sobrevenido un acceso de tos que lo ahogaba, desplomándose, también, junto al cuerpo de su esposa, que del fondo oscuro de la alfombra, se destacaba la blancura de su piel y la hermosa cabellera rubia.

Al volver Bertha, y verse al lado del cuerpo de su esposo, que apenas respiraba, lo creyó muerto, por lo que hizo llamar al médico que lo asistía, que era un sabio en medicina. Ella le rogaba que hiciera todo lo posible por salvar al enfermo, pues aunque él era malo con ella, sabía que en el fondo de su corazón tenía bondades y la quería.

El Doctor examinó al paciente, diciendo que su mal era grave, y que podría morir esa misma noche, o que la enfermedad pudiera reaccionar en favor del paciente.

El médico había asistido siempre a la familia de Bertha, por lo que conocía a esta desde muy niña, así como a la madre, a la que profesaba un gran cariño. Al marcharse el Doctor le entregó un pequeño pomo de cristal, advirtiéndole:

- Este líquido es veneno. Ten mucho cuidado, pues sólo una gota de más puede matar al enfermo. Después de media noche, si se repite el ataque, le haces tomar las gotas indicadas. Si no reacciona favorablemente, me avisas enseguida; pero si notas que está normal y que duerme tranquilo, entonces, no lo molestes para nada.

Luego de hacerle estas recomendaciones, el médico se retiró.

En toda la noche Bertha no durmió. Veló durante todas las horas, en un estado impaciente. En su cerebro se desarrollaba un mundo de encontradas ideas. La de libertarse era la que más predominaba con

fuerza de determinación, sin embargo de establecerse una lucha que la anonadaba; no sabiendo qué partido tomar.

Al fin logró tranquilizarse un poco, aislando de todas, la idea de conquistar su libertad al precio de la vida de aquel hombre que la martirizaba cruelmente.

Pasada la media noche, cogió el gotero en sus manos; le daba vueltas entre sus dedos, todavía indecisa, ante el crimen que iba a cometer. Pero, al fin, dejó de estar vacilante. Obcecada ante el triunfo de su liberación, como mujer esclavizada, por el hombre que debía mantenerla como en un pedestal para allí adorar su espléndida belleza, y que, por el contrario, era la causa de su martirio.

Tomó un pequeño vaso, vertió en el las gotas indicadas, y... además, las gotas que pondrían término a su cruel tragedia, que ella ya no podía resistir más.

Las gotas del mortífero veneno, que la liberarían cayeron en el recipiente con agua, estremeciendo al líquido que formó como ondas al esparcirse, sucediendo unas tras otras.

Las manos de Bertha temblaban. Hacía esfuerzos por serenar sus nervios. Mentalmente se preguntaba: ¿A qué vacilar? Después apareció la contestación rotunda, diabólica, aferrada a su pensamiento, y que se disponía a consumir: Este es el momento oportuno para obtener mi liberación.

Desatendiendo la recomendación del doctor, Bertha contó hasta siete gotas más de las indicadas.

El enfermo no había tenido ninguna otra convulsión, y dormía profundamente; señal inequívoca de que se podría abrigar la esperanza de que recobrarla la salud. En un dulce sopor, con la respiración natural, se encontraba el paciente.

Bertha pensaba: ¿Cuándo otra oportunidad mejor se me ofrecerá para romper mi cautiverio? Decidida, con la quietud de los que, al cometer un delito todo lo prevén la esposa esclava se acercó al lecho, y a la tenue luz de una lámpara pequeña, alumbró el rostro del enfermo, y al tocarle la frente, sintió que esta ardía, quemada por la fiebre.

¡La fuerza del Destino lanzaba a Bertha a cometer un crimen! ¡Ella, que nunca le había hecho mal a nadie!

Resueltamente cogió el vaso de sobre la mesa de noche, y como rompiendo con la última preocupación, se dijo: - ¿A qué pensar más? ¡Iba a libertarse para siempre! ¡Iba a sr libre nuevamente, y esta vez completamente, ya que sus padres habían muerto!

Además, -se decía Bertha-: ¿A qué prolongar más la vida de mi esposo, si estaba sentenciado por su mimia enfermedad, a morir en cualquier momento, según afirmaba el médico que le asistía?

Sobre Bertha se cernía siempre la amenaza constante de su marido de matarla si no lo obedecía siempre en sus caprichos y vehemencias. Ante el dilema en que se encontraba, optó por ser ella misma la que le abreviaría la muerte. Y ya no vaciló más.

Con dulce voz, cuyo eco se desvanecía en la propia habitación, Bertha llamó al enfermo. Este abrió los ojos, lanzándole una mirada interrogante. Pero ella no le dio importancia.

- Bebe,- dijo la joven, presentándole el vaso que contenía el veneno, que terminaría con su vida, que tanto aborrecía.

El paciente tenía sed. La garganta le ardía por la acción de la fiebre. Con avidez tomo todo el contenido del vaso que le ofrecía la vengativa mujer, no dejando una sola gota.

Se viró de lado el enfermo, y siguió tranquilo, sin sospechar que acababa de ingerir el tóxico que pondría término a su existencia corporal.

Bertha, sin experimentar el más leve estremecimiento de compasión, se retiró del cuarto, dejándolo todo en el orden en que estaba. Ni una señal había que pudiera denunciarla como la mujer que había cometido aquel tremendo delito de darle muerte a su propio esposo, en tan tristes condiciones.

El veneno administrado, antes de que se alejara de la habitación Bertha, empezó a hacer efecto, por lo que al lanzar una última mirada a la cama donde estaba su esposo, este agitaba las manos, convulsivamente, ya que no podía articular ni palabras ni gemidos.

Impávida, segura de su malvado triunfo, Bertha se dirigió a su habitación, contigua a la del enfermo; y, después de experimentar los más extraños pensamientos, se quedó profundamente dormida, agotada por las terribles horas que habían precedido a aquella en la que se decidió a encenagar a su Espíritu, desobedeciendo la Ley del Creador, contra la que se rebeló, creyendo que de esa manera se salvaría su orgullo y la soberbia que animaba a aquella criatura que, equivocadamente, torció el hilo e su existencia en la tierra.

## **CAPITULO III**

### **El Espanto de la doncella**

En la mañana siguiente, muy temprano, Bertha tocó el timbre. La doncella apareció, y con la sequedad del que espera lo inevitable, le dijo:

- Vaya a la habitación del enfermo, y pregúntele al señor, de mi parte, cómo se encuentra. Dígale que he pasado una noche muy fatigada y que por eso no voy yo misma a verle.

El tono de la voz de Bertha era natural, sin que en él se dejara traslucir el más mínimo efecto de lo que pasaba en su interior.

La doncella, obediente al mandato, se encaminó a la habitación del enfermo. Empujó la puerta suavemente, la que cedió poco a poco. Al lanzar una mirada, y cuando iba a interrogar al paciente, un grito de terror salió de sus labios, que solo pudieron exclamar:

-¡Señora, señora! Corra usted. El caballero se ha tendido en la alfombra boca abajo.

La doncella retrocedió llena de espanto.

Bertha, con la más extraña naturalidad, llegó dónde estaba el cuerpo sin vida del que fuera su esposo. Lo examinó atentamente con la mirada, y hablando con la doncella dijo:

- Cuando yo me retiré, estaba mejor no me explico esto.

inmediatamente le ordenó a la joven de compañía, que, urgentemente llamara al Doctor L...

La muchacha, impelida por el suceso, fue a ver al médico. Media hora más tarde, llegó el facultativo, ignorante, en absoluto, del crimen que allí se había cometido con la medicina que él había dejado para salvar una vida. Después de reconocer detenidamente el cadáver, dijo:

- ¡No me explico esto! Anoche me aleje pensando que el señor Altamira amanecería mejor, y fuera de peligro. Dicho lo anterior, se volvió a la esposa, y le preguntó:

-¿Le repitió al enfermo la convulsión que le advertí?

La pregunta confundió a Bertha, que intensamente pálida, no sabía que responder; pero, reponiéndose y procurando parecer serena, contestó:

- Yo le di el medicamento ordenado por usted.

- Pero, dígame, señora, ¿tuvo otra convulsión tan fuerte que fuera necesario administrar la dosis indicada?

Bertha, balbuceante y confundida, murmuró:

- Solo recuerdo que usted me dijera que, a la media noche le diera las gotas al paciente, cumpliendo así lo ordenado.

La voz de la esposa era opaca, y un temblor, producido por la nerviosidad, se podía notar en todo su cuerpo.

El médico compadecido, pensó que el estado en que se encontraba la dama, era producido por el dolor que tal acontecimiento había provocado en el alma de aquella mujer. Pero, enseguida, le preguntó:

- ¿Estaba solo su esposo cuando murió? ¿Usted lo abandonó después de administrarle la medicina? ¿Y no se preocupó por la reacción que pudiera ser favorable o, por lo contrario, lo agravara?

- No, estaba muy agitada. Solo le vi agitar las manos, y luego quedar inmóvil. Pensé que se hubiera dormido. Al retirarme, iba rendida por el cansancio, y tan pronto me acosté, me dormí profundamente. Yo no puedo decirle cómo ni cuándo rodó desde el lecho hasta caer en la alfombra.

- Bien, señora, certificaré que su esposo murió de un derrame cerebral durante el sueño. En esta forma quedaremos todos en paz.

Al terminar el Doctor la última palabra, miró fijamente a la esposa, como interrogándola, para sacar la verdad de lo que allí había acontecido durante la noche anterior, retirándose luego.

Al abandonar la casa del suceso, mentalmente el médico se iba preguntando:

- ¿Por qué no resistió mis miradas? ¿Por qué aparecía en confusión al ser interrogada? Si no fuera por el recuerdo de Angela, (este era el nombre de la madre de Bertha), aquí el Juzgado tendría mucho que hacer. Pero, en fin, vale más la paz que la guerra.

## **CAPITULO IV**

### **Hacia el viejo castillo**

Así fue como Bertha se vio en medio del mundo nuevamente, viuda, joven, bella, rica, y arrogante, sin que nadie supiera su trágica historia y sin que ningún comentario se hiciera en torno al desaparecido esposo. Este carecía de familia. Y el único que presumía la verdad, era el médico, que, por consideraciones al recuerdo de los padres de la victimaria, la callaba.

Bertha, ya libre, después de arreglar los asuntos respecto a la fortuna heredada, un buen día abandonó la ciudad de Cádiz, dirigiéndose a una aldea que, perdida a través del mar, guardaba una posición que había heredado de sus padres. En ella había un viejo, aunque muy elegante castillo, al cual no visitaba desde niña, cuando la llevaron sus progenitores para que lo conociera, cuya propiedad algún día debía ser suya.

Ahora, al sentirse plenamente libre, volvió los ojos a la lejana aldea, para encontrar en ella el refugio amable que ambicionaba su alma. Quería ser dueña absoluta de sus actos. Por esto abandonó la capital provinciana, dónde de todos era conocida, y que, de seguro, tratarían de preguntarle lo relacionado con su actual estado, y que ella jamás le revelaría a nadie. Demasiado sabía que en aquel rincón nadie osaría interrogarla.

Los primeros días transcurrieron taciturnos para aquella mujer que se había liberado a costa de un crimen; y que, a pesar de ello, vivía tranquila.

## **CAPITULO V**

### **Nacimiento de una pasión**

Bertha, instalada en su nueva residencia, lugar que le traía recuerdos de su niñez, conoció el amor, hasta entonces desconocido para ella. Inolvidable tarde aquella en que vio, debajo de un árbol, aquel grupo representado por jóvenes llenos de vida y lozanía, presididos por el Hada de la Felicidad, y que un accidente la hizo ver un mundo de ensueños y de esperanzas.

Iba camino a su residencia, con el alma plena de satisfacción, al verse acompañada por el guapo joven que según parecía, amaba tiernamente a la Aldeana. Con estas divagaciones en su mene, se volvió de pronto al joven que la acompañaba, y le preguntó:

- ¿Usted se ausenta muchas veces de la aldea?

- Algunas veces, sí- respondió el joven-; tardando mucho en volver a estas praderas. En otras me dan locos deseos de ver este pedazo de tierra donde nací; y vengo aquí para satisfacer anhelos en mi Espíritu que ama la vida aldeana.

- ¿Hace mucho tiempo que está aquí?

- No, señora; solo tres días.

- ¿y se marchará pronto?

- No, Permaneceré dos meses en la aldea, y luego volveré a la ciudad, donde residen mis padres. Retornaré en la primavera para casarme con Dolores, mi prometida.

- ¿De veras?

- Nosotros nos amamos mucho. Hemos dejado pasar unos meses más porque la madre de mi prometida la adora y sufre al pensar que tenga que separarse. Aquí, como no me ponga a mirar a mi amada, no tengo en qué ocuparme, mientras que en la capital de la provincia, sí tengo que hacer y otro porvenir que aquí no encontraría; por lo que tenemos decidido, al casarnos, irnos junto a mis padres.

Mientras esta conversación se cruzaba entre los dos, se habían acercado a la residencia de Bertha, y el joven lo dijo:

- Hemos llegado.

Sin saber por qué, Alberto se sentía molesto al mirar a la mujer que acompañaba.

Bertha, sofocada de calor, se había despojado de su negro manto, apareciendo, a la naciente luz de la plateada luna, su magnífica cabellera dorada, mientras se destacaba la blancura alabastrina de su rostro, realizando su soberbia hermosura, el traje negro.

El joven Alberto, notaba que algo había en su nueva amiga que lo emocionaba, y se preguntó a sí mismo: - ¿Será la belleza de esta mujer rubia, de ojos de jade? Entonces evocaba la imagen de su novia. Aquellas dos mujeres eran distintas en todo. Una estaba en su hogar. La otra se hallaba a dos pasos de él. Silenciosamente hizo una comparación, apreciando la poca semejanza que entre ambas había, aún siendo ambas igualmente bellas. Dolores la Aldeana, poseía esa gracia angelical que seduce y atrae, con solo su presencia, y hace pensar en algo puro, tiernamente superior; que aleja lo corporal para llevar al Espíritu por regiones excelsas donde el alma puede experimentar

emociones infalibles para poder mirar con éxtasis divino a la bella criatura. Bertha es la obra maestra de un artista que la esculpiera en mármol y que la Naturaleza le prestara la carne y la vida para que fuera admirada, para que los hombres se inclinaran ante la soberana belleza de diosa, que los embriagara y los impresionara, haciéndolos soñar...

Silenciosamente tendió su mano a la alucinante viuda, para alejarse. Esta, al estrechar la suya, para decirle adiós, le dijo:

- Venga un día con Dolores al castillo. Carezco de amistades, y me agrada mucho su novia.

Alberto sonrió, contestándole:

- Está bien.

## CAPITULO VI

### Visita maldita

Bertha entró en su casa, mientras Alberto regresaba junto a la apacible jovencita que, con tierna sonrisa, le preguntó:

- ¿La acompañaste hasta su casa? ¡Qué linda es esa dama!

La incomparable belleza de la viuda había fascinado a Dolores, y pensando que merecía todas las preferencias por ser tan hermosa, sin suponer, en la ingenuidad de su alma, que, a veces, un rostro encantador, no es fiel reflejo de un buen corazón.

Alberto le contó que la señora Bertha quería ser su amiga. Dolores, muy entusiasmada, le respondió que se sentiría muy contenta con poder ver de cerca, nuevamente, a tan distinguida dama.

Alberto no le respondió, porque en su interior experimentaba un malestar inexplicable. Se hubiera alegrado que a Dolores no le fuera simpática Bertha. Pero, ¿cómo decírselo? Así es que, queriéndola complacer, le dijo:

- Cuando tú quieras la verás nuevamente.

En el transcurso de los días, Dolores hablaba con frecuencia a su prometido de la señora Bertha, a quien los jóvenes habían vuelto a ver. También hablaban de la visita que a esta le prometieran.

Casi todas las tardes, a penas se sentaban en el portal, la silueta de la hechicera dama, como por arte de encantamiento, surgía ante los enamorados, desde la siguiente tarde del accidente del perro. Este ya no les acompañaba, pues dolores temía le sucediera, nuevamente, el

desagradable incidente anterior, y se enojara esta vez con razón, su aristocrática nueva amiga. Bertha logró conversar repetidas veces con la joven pareja, la cual le prodigaba sus mejores afectos, sobre todo Dolores, en la que las manifestaciones de sus sentimientos eran espontáneas.

Alberto, se mostraba cortés y le dispensaba exquisitas atenciones a la dama; pero en su interior la rechazaba, prefiriendo, y así lo pensaba, no haberla conocido. Pero su novia, era tan buena, la amaba con tan intenso amor, que no se atrevía a hacerle la más leve alusión de esa instintiva repulsión que le inspiraba la nueva vecina, con cuya amistad Dolores se sentía muy contenta, al poder contarla entre sus amistades, en la creencia de que era una dama leal.

Pero, por el contrario, Alberto se estremecía al mirar los ojos verdes de la misteriosa dama, siempre fijos en él; mientras su amada, con su inocente charla, procuraba agradarle.

Transcurrieron los días, y llegó el que habían fijado para hacerle la visita a la interesante mujer que ya empezaba a inquietar al joven Alberto.

Los padres de Dolores, acompañaron a los prometidos en matrimonio al castillo. Alberto trataba de no asistir a la visita, puesto que no era de su agrado tener intimidad con la mujer que él la juzgaba enigmática; pero le resultaba muy duro negarle ese deseo a la joven, que tanto deseaba ese momento, por lo cual accedió, aunque contrariado. Además, se preguntaba: ¿qué pensaría esa señora de mi ausencia cuando siempre me ve junto a Dolores? Después de este soliloquio con sus disímiles ideas, Alberto decidió acompañar a su novia, visitando a la señora Bertha.

Y los cuatro, se encontraron en el castillo, cuyo rojo techo y blancas paredes contrastaban con el verdor de la campiña. Apenas habían penetrado en el interior, pudieron apreciar el lujo que allí había y que el dinero proporciona a las personas que aman la ostentación. Entre esas riquezas vivía la dueña de la suntuosa mansión, que recibió a sus visitantes en la puerta de entrada, al pie de la gran verja en la que apoyaba su escultural cuerpo.

Con demostraciones de cariño y atenciones no acostumbradas en ella, les enseñó departamento por departamento, mostrándoles todo el lujoso castillo, donde apreciaron los visitantes, maravillosas esculturas, que Alberto y sus acompañantes admiraron. El joven, dado su talento y refinado gusto artístico elogió los magníficos cuadros, cuyos paisajes impresionaron a los que lo contemplaban.

Luego, la dama los condujo al parque, sombreado por añejos árboles, donde el jardín, coloreado de zarzas y raras plantas, emocionaban más a Dolores, que sentía la dicha rozar su alma entera, sabiendo que la dueña de aquel encantador sitio le rogaba que repitiera con frecuencia su amable visita, a la par que la colmaba de atenciones.

Las horas pasaron fugaces para los visitantes del viejo castillo, que habían saturado sus corazones de dulces sentimientos, espiritualizando los momentos transcurridos en aquella mansión, magnífico oasis donde los enamorados podían soñar eternamente.

La dueña hizo alarde de su gentileza, con aquellos humildes aldeanos, para quienes las atenciones tuvieron el sortilegio de hacerles olvidar la triste condición de pobres.

Alberto, que no había experimentado deslumbramiento por aquella fastuosidad, se mostraba atento también, pero había penetrado un poco en el alma de aquella mujer que se revelaba enigmática, y en la que leía una misteriosa leyenda.

En el momento de despedirse los visitantes, Bertha que se convirtió en rival de la joven le prometió devolverle la visita que tan grata había sido para ella. La ingenua Dolores, la criatura que no alberga en su corazón más que lealtad y ternura, le preguntó cuando iría a visitarla.

Bertha, presurosa, y sin dejarla casi terminar, le contestó:

- Seguramente, que mañana tendré el placer de visitarles.

## **CAPITULO VII**

### **La perfidia de una amistad**

Así fue el comienzo de una íntima amistad entre ambas mujeres, en la que Dolores la Aldeana, lealmente, ofrecía los puros sentimientos de su corazón.

La dama enlutada, la señora Bertha, se esforzaba, cada día más, en hacerse querer de su joven amiga. Le regalaba frescas frutas que le enviaban sus incestos, así como hermosos ramos de flores, con los que conquistaba los afectos de la damita púber. La relación entre ellas llegó a tal extremo, que se veían dos veces al día, oportunidades que aprovechaba Bertha para iría, sutilmente, arrancando el secreto íntimo de su alma.

Lejos de las miradas de las personas que podían censurarla, por quienes había tenido que guardar cierto recato, y refugiada en aquella aldea que la apartaba de la ciudad, Bertha se despojó de la indumentaria que, por la muerte de su esposo, había llevado por algún tiempo, vistiendo ahora trajes que le realzaban aún más su belleza provocadora y sensual.

Las fiestas empezaron a darle vida de sociedad a los espléndidos salones de su castillo, congregando de este modo a todos los vecinos de la comarca; pero, sobre todo, hacía brillar a Dolores la Aldana, que era el alma de las fiestas, a quien procuraba deslumbrar para desorientarle del verdadero fin que perseguía para conseguir lo cual no desperdiciaba oportunidades.

Mientras tanto, el corazón ingenuo de la niña, soñaba, en la esperanza de haber encontrado quien propiciara la realización de sus más grandes anhelos.

## **CAPITULO VIII**

### **La idea diabólica**

Estando próxima la partida de Alberto para la ciudad donde residía, este fijó la fecha del matrimonio.

Dolores, estaba muy triste, contestándole a su amiga tan querida, la pena que sentía al tener que dejarla, puesto que, al casarse, tendría que alejarse de la aldea para irse a residir con su esposo, a la Capital.

En Dolores se acentuaba más ese sentimiento, porque, aunque la viuda, tenía parte de su herencia en la capital de la provincia, en distintas ocasiones le había declarado de no volver a aquella población durante mucho tiempo.

Los motivos de pena que se reflejaban en el lindo rostro de Dolores, contrariaban enormemente a Alberto, que sentía vivos deseos de abandonar la aldea, llevándose consigo la amada de su corazón.

Días antes de celebrarse las bodas, Bertha, guardando mucho su secreta intención, le preguntó a su inocente amiga:

- ¿Si tu prometido encontrara una ventajosa ocupación, digna de él, se quedaría en la aldea?

- Sí, -respondió esta sin vacilar.- Él me ha dicho que no se quedaba aquí porque no tenía en que emplearse.

Bertha, en cuyos ojos brilló una diabólica satisfacción, le refutó:

-Está bien. Dile que deseo verlo.

Alberto recibió el recado y se dirigió al castillo, donde con la mayor sorpresa, oyó de los labios de la gentil viuda, la proposición de hacerlo administrador general de sus cuantiosos bienes, pero a condición de que fijara su residencia en la aldea.

Las últimas palabras no sorprendieron al joven, puesto que Bertha tenía fama de autoritaria y caprichosa. No obstante, reflexionó sobre la proposición que le hizo, teniendo en cuenta que su prometida tenía su familia en la misma aldea, resolviendo aceptar por complacerla, y así no se separaría Dolores de la señora Bertha, que tanto interés se tomaba por hacerla feliz. Después de estas reflexiones se decidió por aceptar el cargo que se ofrecía.

Al conocer la determinación del apuesto joven, aceptando ser su administrador general, Bertha, en un arranque de entusiasmo, tuvo exageradas demostraciones para Alberto, y hasta le ofreció anticiparle dinero para la celebración de sus bodas, de manera que las llevara a cabo con lujo, sin que se preocupara por lo que podía gastar, con tal de que de aquellas nupcias guardaran el mejor de los recuerdos.

Pero Alberto, hombre enemigo de la ostentación, debido a su origen humilde, puso muchos reparos y escrúpulos, antes de aceptar los ofrecimientos de Bertha.

Nada fue bastante para hacer desistir a la dueña del castillo, de que abandonara tal propósito, cuyos fines estaban hondamente ocultos en su pensamiento, diciéndole a Alberto, como para poner término a lo que argumentaba su nuevo empleado:

- Acuérdesse que es usted ahora el jefe de toda mi fortuna, y que estoy obligada a contribuir a que estas bodas sean realizadas con el esplendor que requiere un alto empleado de mi casa, en la que reina la opulencia.

Además, tenga en cuenta el cariño que le profesó a su novia, la elegida de su corazón, y que es mi mejor y única amiga, para quien no puedo tener reparos de ninguna clase, en cuanto a que esta fiesta de amor, tenga un sello de distinción.

Ante el acuerdo al que llegaron los novios y la señora Bertha, la fecha de la boda fue fijada para el Próximo mes, en el que realizarían sus dulces esperanzas.

La acaudalada dama, que se había declarado protectora de los jóvenes, les había ofrecido su castillo, para que pasara a su luna de miel, puesto que allí se encontrarían como en un paraíso.

Los novios, puestos de común acuerdo, no aceptaron el espontáneo ofrecimiento de la viuda, pensando en que esto les podría privar de la libertad que necesitaban para poder expansionar los impulsos de sus amores, contenidos durante el tiempo de sus esponsales.

Las gentilezas y las generosidades de Bertha hicieron que el cariño de Dolores hacia la viuda, fuera creciendo, llegando a ser una gran admiradora de aquella mujer que se había convertido, para los dos enamorados, como una fuente de venturas no soñadas.

## CAPITULO IX

### Incontenida pasión

Mientras se activaban los preparativos de las bodas de Dolores y de Alberto, y se daban las órdenes para que todo estuviera listo para la fecha fijada, en la viuda de Altamira, con fuerza avasalladora, aparecían sentimientos extraños, que embargaban todo su ser haciéndola caer en el más profundo abatimiento; aumentando este cuando el joven se alejaba de su lado, o manifestaba el deseo de ponerse a distancia de ella con un motivo cualquiera. Lo contrario le sucedía a Bertha cuando Alberto estaba cerca de ella, cuya presencia le hacía estar alegre y contenta como nunca lo había estado.

Las ideas comenzaban a aparecer en el pensamiento en una diabólica concepción. A veces, mentalmente, se preguntaba, pero, ¿cómo pensar que aquel hombre, lleno de lealtad, que amaba tan profunda y tiernamente a su novia, pudiera amarla a ella también?

Bertha había comprendido, claramente, que estaba enamorada del apuesto joven. Había consultado a su corazón, y este le decía que una pasión loca se estaba despertando en él. Esta seguridad, esta certidumbre, sumía a la encantadora rubia, en un horrible suplicio, a tal extremo que, aunque sentía gran aprecio por dolores, todo lo hubiera dado, inclusive su fortuna, por alejarla de la vista del hombre que, sin ella quererlo, había llegado a sentir pasión por él; pasión que la llevaba hacia él con ímpetus incontenibles; sin que ella pudiera reflexionar en nada ni en nadie.

Y empezaron a surcar por su mente ideas a cual más absurdas, predominando la de conquistarlo a todo trance. Dejándose llevar por ellas, iba a poner en práctica el plan que estaba germinando en su obcecada mente.

## CAPITULO X

### La vía dolorosa

Era una noche espléndidamente azul. La luna enviaba sus pálidos destellos desde un cielo claro, límpido. Apenas si en el firmamento podía apreciarse el rutilar de las estrellas, que eclipsaban los fulgores del astro creciente.

En el castillo había un movimiento no acostumbrado. Un ruido, como de rumor de risas, se escapaba por las grandes ventanas, abiertas a todo su ancho, para que por ellas entraran las brisas nocturnas.

Desde lejos, se veían cruzar las parejas por el amplio salón, animados por la alegría que reinaba en sus corazones, cuyos rostros estaban semi-ocultos bajo el antifaz protector, con el que la juventud expansiona mejor sus alegrías y esconde sus verdaderos sentimientos.

El eco cascabelero de los trajes, los colores subidos de los disfraces, el eco susurrante de las carcajadas, entremezclado a la música, formaban un ritmo de encantamiento, que embriagaba, seductoramente, a los contertulios de la señora Bertha.

En medio de aquel bullicio, una pareja se había apartado hacia un rincón, preparado de antemano, donde el ambiente estaba perfumado por las brisas del jardín, que llegaban envueltas en las armonías de las notas musicales. En este rinconcito dos jóvenes conversaban, en apariencia con el mejor de los entendimientos fraternales. Ambos se ocultaban el rostro con un antifaz. Sin embargo, cualquiera que se hubiera detenido ante la pareja, que huía de la alegría reinante, hubiera notado que en la voz del joven había ese temblor emocional que provoca la contrariedad, o la expresión de las cosas que guarda el alma íntimamente.

En esas condiciones se le oyó decir a uno de los que conformaban la pareja:

- Lamento mucho que usted me ame, por la sencilla razón que jamás podré engañar a ninguna mujer, diciéndoles mentiras. Aunque no sé quien me habla, me parece, por el lenguaje que emplea, que es usted una persona que no debe, que no puede ser engañada, ni merece que la engañen. Yo no podría pagarle su gran amor, ese que usted dice siente por mi, con una fingida ternura, ni con un amor culpable. Mi único amor, el que embarga mi alma toda, está consagrado a una mujer, sencilla en su porte, pero de alma grande y generosa. Por amarla mucho estoy en la aldea; por complacerla me quedaré en estas lejanas tierras, donde floreció este amor que alegra infinitamente mi vida.

La dama del antifaz, al oír las palabras expresadas por su compañero, se mordió los labios, para contener las palabras que se asomaban a su boca, hijas de un sentimiento ultrajado por la honradez amorosa del joven que estaba consagrado a su único amor. Cuando pudo hablar, con voz débil, por la emoción del desengaño que padecía, le contestó:

- Yo pensaba que usted amaría algo a la señora dueña del castillo, ya que les he visto juntos algunas veces. Ella es bella e interesante, y es atenta y le profesa muchos afectos.

El joven compañero de pareja, que no era otro que Alberto, y que no esperaba estas palabras suspicaces, se sintió sacudido por la nerviosidad, y de responderle con sinceridad, hubiera dicho:

- No la admiro ni la amo por su belleza, porque la presiento fatal. Lo que provoca en mi es repugnancia. Solo la acepto por complacer a Dolores, la amada de mi corazón.

Todas esas ideas brutales cruzaron por el pensamiento del apuesto joven, que de buena gana le hubiera lanzado al cinismo de aquella mujer, que ya se interponía en el camino pero, prudente, guardó silencio.

La enmascarada joven, insistió en decirle:

- Por toda la aldea se está diciendo que Bertha le ama y que por esta razón le protege y le ha hecho su administrador.

Ante aquella audacia, en la que se hacía cómplice a los habitantes de la apacible aldea, Alberto levantó la cabeza, para replicarle:

- Jamás he soñado en que esa señora me distinga con sus afectos interesados, aunque representa para mí un gran honor contar con su amistad, no pudiendo pensar nunca convertirla en mor, puesto que ellos supondría un engaño por mi parte; y la dama generosa no merece ser engañada, ni por mi ni por nadie que aprecie sus excelentes cualidades de gran señora. Además, hay en mi vida una mujer a quien adoro. Ella es la dueña de todo mi amor.

La voz de la dama que escuchó tan dura lección del hombre a quien creía vencido, débilmente, murmuró:

- ¡Ya lo sabrás algún día!

Sin él poderlo impedir, la dama enmascarada se alejó presurosa, desapareciendo, y encerrándose en una habitación que estaba próxima a los dos.

Alberto quedó atontado con lo inesperado de la declaración de la dama desconocida que le expresó había venido de la ciudad de Cádiz por solo revelar su pasión, hondamente sentida hacia él. La contestación brusca

ante tal afirmación y la seguridad que le había dado de que solo amaba a su novia, y la sorprendente noticia de la enmascarada al decirle lo que se rumoraba en la aldea, respecto de la señora Bertha, hicieron cambiar en Alberto la alegría que retozaba en su alma juvenil, tornándola en íntima pesadumbre.

- ¡Conque Bertha lo amaba! - Se decía mentalmente-. Tonto de mí al no reconocer las intenciones de la viuda misteriosa. ¿Qué pensaría Dolores de estas cosas si las conociera?

Alberto se hacía estas conjeturas: - Lo único que puedo hacer es decirle a Dolores que Bertha la amaba de todo corazón porque así disipaba en bien de ella el peligro de que conociera la verdad de lo sucedido. Dolores, que adoraba a Bertha, no creería nada, aunque se las revelara.

Alberto estaba sumido en estas reflexiones, cuando vio acercarse dos jóvenes enmascaradas, que charlaban alegremente, y que iban cogidas del brazo. Muy a pesar suyo, el corazón del joven dio un salto, al reconocer, en una de las dos, a su adorada novia, y en la otra, a la dueña del castillo, quien con una risa nerviosa, le dijo, con ironía:

- Dolores estaba media loca de celos porque no le encontraba usted, y he tenido que luchar mucho para disuadirla de ese sentimiento, que no tiene razón e abrigar.

Al decir, se fue de al pie de los enamorados, sin esperar la respuesta a sus palabras.

El resto de la noche transcurrió para ambos jóvenes con ciertas preocupaciones que no se atrevían a comunicarse, pero estaban impacientes, lo que los hacía permanecer en silencio.

A Alberto le mortificaba pensar que debajo de aquel mismo techo, deslumbrante de luces, una mujer le disputaba su amor, que era todo de Dolores, y que por las leyes de su corazón y la afinidad de sus almas, estaba consagrado a la compañera elegida.

La joven, con ese divino don de poder penetrar en el pensamiento del que amaba, sufría al notar la preocupación que lo dominaba, y ese sufrimiento se iba agrandando en el corazón de la bella prometida de Alberto.

Así comenzó el dolor a dejar sentir su poder, en donde todo lo embalsamaba, con sus encantos, el amor de aquella pareja que eran el uno para el otro.

## **CAPITULO XI**

### **La terrible afirmación**

Para la encantadora dueña del castillo, la viuda de Altamira, cuyo recuerdo se había borrado de su memoria, no fue una sorpresa la revelación de Alberto cuando le afirmó que adoraba a su prometida. Bien sabía esto, pero esta noche, al escuchar, cerca de sus oídos, la voz sonora del amado por Dolores, experimentó tal emoción que la trastornó, y fue, cuando haciéndose pasar por otra mujer, le habló de su amor, de ese amor que ya era fuego en sus venas y le quemaba el corazón. Una esperanza estuvo abrigando, al pensar que el joven, por lo menos, le concedería la estimación de haberle abierto las puertas de su alma, diciéndole la gran verdad que había estado conteniendo hasta que llegara este supremo momento de revelar su inmensa pasión, al hombre que significaba el único amor de su vida, y por el cual se disponía a conquistarlo.

Bertha, conversando consigo misma, se interrogaba:

- Pero, ¿el porvenir me tendrá reservado en este mundo solo desengaños y desprecios inmerecidos? Este pensamiento la enloquecía, y buscaba la manera de apartar, en su delirio, los obstáculos que se oponían a la realización de su loco ensueño.

Se entristecía, sabiendo que Alberto se casaría en pocos días y que tendría que contemplarlos risueños y felices, disfrutando del mutuo amor con que se adoraban; mientras ella, entre tanto, se moriría de pena por amor. Pero, Bertha, en el colmo de los celos y del egoísmo, y exaltada por su avasallante pasión, se decía: - ¡No podré ser esto, no! ¡Dolores no podrá ser dichosa con Alberto, a costa de mi sacrificio, que me valdría la muerte!

Y en la imaginación calenturienta de Bertha iban apareciendo las ideas que, perversas, completarían delinear el plan maquiavélico, maquinando como arreglaría su objetivo para lograr su propósito. Después... una sonrisa asomó a sus labios, que expresaba elocuentemente, toda la amargura de su corazón. Ya estaba tranquila, porque había encontrado la solución a aquel asunto, que para ella representaba un problema.

## CAPITULO XII

### Soliloquio trágico

Todo el resto de la noche lo había pasado Bertha en soliloquio con las ideas que surcaban por su mente. Se hacía reflexiones acerca de los procedimientos que debía emplear para saciar su vanidad de mujer orgullosa, a quien se le despreciaba, y además, porque se encontraba dominada por esa pasión que, con fuerza de tempestad, se había despertado en su corazón, que no supo más que de la tiranía de su amor que la hirió cruelmente.

En la tarde que debían celebrarse las nupcias de los jóvenes enamorados, ese dulce lazo que unen a los que se aman, todo era bullicio en la aldea, y la alegría rebozaba en todos los vecinos, poniendo de manifiesto ese innato contento de los que viven hermanados por los vínculos de la fraternidad, muy peculiar en las aldeas y en las pequeñas comarcas.

Muchos familiares y amigos de los contrayentes, residentes en el pueblo y en sus cercanías, habían llegado para asistir al matrimonio de la dichosa pareja, que iba a consagrarse ante Dios y los hombres, la una para el otro.

Los padres de Alberto, sabiendo que se quedaría en la aldea, habían llegado, procedentes de la Capital, para encontrarse junto a ellos, y disfrutar de la felicidad que embargaba a los que iban a desposarse, animando con su presencia la alegría que reinaba entre todos los asistentes.

La novia Dolores, nerviosa por la emoción que vibraba en su alma, ofrecía atenciones exquisitas a sus invitados, haciendo los honores de aquel momento de dicha que vivía. Junto a la gentil novia, aparecía

siempre su adorada madre, que con ella compartía las atenciones para con los concurrentes.

El joven Alberto, lucía elegante y correctamente vestido, distinguiéndose por su arrogancia física, entre todos los jóvenes que estaban congregados para asistir a la ceremonia nupcial. En el rostro del novio se apreciaba la alegría que animaba su corazón al realizar sus sueños de compartir su vida con la dulce amada. Pero, a veces, como un relámpago, aparecían gestos de preocupación y contrariedad que apenas eran percibidos por los que estaban entregados a festejar los desposorios de aquella feliz pareja.

La señora Bertha, era esperada con impaciencia en aquel recinto donde se le estaba rindiendo culto a uno de los más hermosos sentimientos que ennoblecen a los que sienten: el Amor.

La que estaba más impaciente, la que más deseaba la presencia de la viuda, era Dolores, que estaba un poco intrigada, porque notaba que su aristocrática amiga, desde muchos días antes a este en que iba a convertir en realidad su único ideal, la encontraba pálida, y casi triste, preocupándole esto sobre manera. Mientras así discurría, para contentos de todos y regocijo de la novia hizo su entrada la señora Bertha causando general admiración la elegancia de tan bella mujer. La protegida de esta salió a su encuentro, casi sollozando de la inmensa alegría que emocionaba a la aldeana, para estrecharla entre sus brazos, agradecida.

En los momentos que Bertha llegaba junto a Dolores, esta quería prender en su larga cabellera negra, el lindo velo, en donde una nítida corona de azahares, hacía resaltar su angelical belleza. Bertha, con esa amabilidad afectada, aprendida en los círculos y reuniones aristocráticas, se prestó a ayudar a su amiga, a colocarse la simbólica corona de virgen.

Al acabar de dociarse el velo y la corona, Bertha, le ofreció, como regalo de boda, una magnífica pulsera y un collar de perlas, causando la natural admiración a aquel valioso obsequio. Con la inocencia de su alma y la emoción en su rostro expresada, la joven besó a su amiga y protectora, que tanta felicidad le proporcionaba.

Apenas había acabado de ponerse aquellas prendas, Dolores percibió un olor que, aunque muy tenue, era penetrante; al tiempo en que empezó a sentir un leve desvanecimiento, que la hizo apoyarse en una mesa para no caer al suelo. Este hecho, los que se dieron de ello, lo atribuyeron a cansancio natural y a las emociones que estaba experimentando.

Un tanto repuesta, la joven se dispuso a presentarse ante la concurrencia, para prestar el juramento que completaría su dicha, ataviada con su immaculado traje de desposada. Al parecer, una exclamación admirativa salió de todos los labios, a la vez, que de elogio a la novia: ¡Es un ángel! Y lo era en aquel momento, porque su cuerpo tenía las líneas características y esculturales, que, cuidadosamente, modelan los grandes artistas para mostrarle al mundo una idea de lo que esta belleza singular de los ángeles concebidos por la mente soñadora, para que sean admirados en todo su magnífico esplendor. Sin embargo, en Dolores, se observaba una gran tristeza, de la que se dieron cuenta sus admiradores. Nadie se explicaba el por qué de aquella expresiva tristeza en momentos en que la consideraban llena de felicidad.

En el corazón de Dolores se había abierto una gran herida al sorprender en su amiga Bertha una mirada cargada con fuego de pasión, que le dirigió a Alberto, que la hizo dudar de la lealtad de su protectora.

Alberto, que seguía el más mínimo gesto de su amada, se dio cuenta de que su Dolores, había sorprendido la mirada significativa de la viuda; y, aparentemente, estaba tranquilo, no obstante, se sentía disgustado por

el abatimiento que observaba en su novia. Dolores, a medida que transcurrían las horas, se ponía más pálida, envolviéndola una letal languidez; pasando de un intenso frío a un calor sofocante, que a intervalos se sucedían.

En esas condiciones, llegó la hora de la ceremonia nupcial, que fue breve, en la iglesia de la pequeña aldea, para llegar a la cual, obligadamente, tenían que pasar frente al castillo de la acaudalada viuda. Los concurrentes acompañaron a los novios hasta la parroquia, haciéndoles, en el trayecto, una escolta de honor.

Terminada la ceremonia, Bertha dijo, que había ordenado preparar de acuerdo con Alberto, un espléndido banquete en obsequio de la celebración de las bodas de tan queridos jóvenes. Desposados y acompañantes se dirigieron a la mansión residencial de la dama misteriosa.

Al pisar el primer peldaño de la escalera que daba acceso al castillo, a Alberto le parecía oír la revelación de la desconocida enmascarada, la noche del baile, que le dijo: “La dueña del castillo le ama en la aldea lo dicen y lo comentan”.

Pero se desvanecieron aquellas palabras, al reflexionar sobre lo que estaban contemplando sus ojos, diciéndose para sí:- ahora sabrán que esto no era cierto, pues no solamente Bertha le hizo un gran regalo a Dolores, sino que ha obsequiado a los concurrentes a nuestra boda, con una espléndida comida. Pensando así, se tranquilizó, disponiéndose a recibir, junto a la amada, los honores que le hacían los invitados y la propia Bertha que no perdía oportunidad para congratularlos.

## CAPITULO XIII

### La cámara nupcial fue la cámara de la muerte

Tanto Alberto como Dolores, ignoraban en el mundo existen almas perversas capaces de aparentar lo que están lejos de sentir, procediendo muy al contrario de como se manifiestan.

Así se observa en Dolores, ir en aumento su nerviosismo, por lo que apenas probó bocado alguno; y sintiéndose sumamente débil, sus padres indicaron que se retirara a su casa, que estaba muy cerca de allí, en el parque del castillo. Nada más encantador que aquella casita, hecha con todo el gusto de un refinado arquitecto y artista para que sirviera de nido a la dicha de dos almas enamoradas hasta lo indecible. La alcoba de la desposada, la romántica cámara nupcial,- convertida en la cámara de la muerte- estaba decorada primorosamente, sobresaliendo los detalles que son indispensables de los que acarician los hermosos sueños del amor. El color rosa pálido se destacaba en aquella habitación, y en las guirnaldas de pura seda se proyectaba la tenue luz de pequeños bombillos, haciendo más seductor aquel nido preparado para el amor de dos personas que se habían encontrado en la vida para amarse con el fuego ardiente de la juventud.

Sobre la pequeña coqueta se admiraba un precioso recipiente de cristal, con dibujos arabescos, en el cual había un búcaro de extrañas flores y raros matices, que embalsamaban el ambiente del acogedor recinto. Al penetrar Dolores, con su albo traje de desposada, iba apoyada en el brazo de su madre, quien, con intención de que descansara, le condujo hasta el lecho, en el cual se sentó la joven casi sin fuerza para sostenerse.

- Ahora, le dijo a la madre, déjame. Luego yo me despojaré del velo y del traje. La madre, obedeciendo a la hija, se alejó; mientras esta se acostó, tal como estaba: con su albo traje de novia, desposada.

## CAPITULO XIV

### Flores letales

Todos estaban ajenos del trágico drama que se avecinaba, allí donde todo era alegría y felicidad.

Alberto se instaló en la pequeña sala con sus padres políticos, a quienes se les veía grandemente preocupados, por lo que podía acontecerle a Dolores.

Bertha, escondiendo su perversidad con dulce hipocresía, al ser llamada, prontamente apareció, ofreciéndole enseguida una tisana a Dolores, que le serviría para calmar la excitación nerviosa. Todos agradecieron la atención de la señora Bertha. Esta, con pretexto de que no molestaran a la joven, logró alejar a las demás personas que se interesaban por la enferma para acercarse ella sola al lecho.

Dolores parecía como dormida. Sus largas y rizadas pestañas, cubrían suavemente sus ojos. De sus labios entreabiertos se escapaba un gemido casi imperceptible, como si un horrible dolor le desgarrara el pecho.

En ese estado, Dolores no pudo advertir los pasos de Bertha, su amiga, que miraba entorno suyo, extraña e impaciente, y que posó sus ojos en el lecho donde yacía, casi exánime, la encantadora joven, y al fijarlos, de ellos se desprendió un reflejo diabólico.

Bertha, con voz firme, llamó a la joven. Esta, sumida en aparente sueño, no respondió. Entonces acercó a su boca una cucharita conteniendo unas gotas de la tisana, que, en la inconsciencia del sopor en que se hallaba, Dolores bebió.

Bertha, después, llamó a la madre de la paciente, y le dijo que su hija no había querido beber la tisana que le había preparado, pues no respondía a su llamada.

Alarmada, la madre angustiada, entró precipitadamente en la alcoba, llamando repetidas veces a su hija, sin obtener que le respondiera.

Alberto, el esposo, empleó toda su ternura, poniendo en sus palabras el sutil mimo de su corazón; pero tampoco obtuvo respuesta alguna.

La joven desposada parecía dormir plácidamente. La respiración se le iba haciendo cada vez más difícil, hasta que una fuerte convulsión sacudió el cuerpo virginal de aquel ángel, tras la cual quedó inmóvil, sin una sin una contracción, sin un gemido, con una ligera sonrisa en su boca pudorosa, e impecable.

Alberto, alarmado, con el dolor retratado en su cara angustiada, corrió a la sala donde sus acompañantes charlaban jubilosos, esperando que Dolores apareciera, nuevamente, ante ellos, llena de felicidad; y dijo:- ¡Por favor, un médico! ¡Mi esposa se muere!

Ante la expresión desesperada de Alberto, que tan inesperadamente, había dado tan dolorosa noticia, un cambio brusco se operó en aquella gente, que estaba unida a la dicha que experimentaban los jóvenes esposos.

La madre de Alberto, sorprendida ante las palabras de su hijo, le advirtió:

- A la aldea llegó, pues fue nuestro compañero de viaje, el doctor L... Por cierto que yo lo invité a tu boda. Y arguyó que no podía asistir porque la gravedad de una señora, a la que tenía que prestar toda su atención, se lo impediría; pero, tratándose, como se trata, de un caso de urgencia, no

creo que se niegue a venir. ¡Corre a buscarlo!

Pasaron pocos instantes, los que necesitó el médico para trasladarse a la casa donde estaban celebrando las bodas de esos dos jóvenes.

Tras los instantes de ansiedad, legó el Doctor, y después de un breve reconocimiento, hizo un gesto de extrañeza, diciendo: -¿Qué ha tomado esta señora?

Los padres, desolados ante el enigma que envolvía a su hija, le respondieron al Doctor. - Lo que hemos podido observar en nuestra hija, en estos días, es un cambio que nos ha tenido alarmados, viéndola nerviosa; y, apenas si ha probado bocado alguno.

El médico, dirigió una mirada interrogativa, a su alrededor, como buscando poder justificar el estado en que se hallaba la paciente. Parecía como que le preguntara a cada objeto, el misterio que envolvía aquella rara enfermedad. En esa investigación notó un extraño olor que le forzó a preguntar:-¿Qué flores han puesto en esta alcoba?

La madre de Dolores, respondió: - Un ramillete de unas flores muy preciosas que Bertha, su mejor amiga, le regaló.

- ¿Dónde están? Preguntó el médico enseguida.

Difícil fue responderle a esta pregunta, porque solamente Bertha, podría decirlo, puesto que esta, pretextando un gran sufrimiento por la gravedad de su protegida, se había encerrado en su habitación. Antes de retirarse, pretendió despojar a la desposada del velo nupcial, del collar y de la pulsera, pensando que de esa manera se fatigaría menos.

Ante esa pretensión, Alberto refutó:- No creo que se deba hacer tal cosa, porque si se despierta y se encuentra sin esos adornos, pensará que la encontramos muy mal, no debemos contribuir a proporcionarle ningún disgusto; por lo tanto, no la toquemos.

Bertha, ante tal indicación, y no deseando entrar en discusión, se alejó; pero le dijo a la acongojada madre de Dolores: - ¡Quítele el collar y la pulsera, porque pesan mucho!

La afligida madre, a pesar de su estado de desesperación, ante lo que le estaba ocurriendo a su adorada hija, respetó los deseos del esposo, que quería que, al despertar la joven desposada, se encontrara ataviada con sus joyas, ya que tanta fue su alegría al recibirlas y ponérselas, luciéndolas en su escultural cuerpo.

Un profundo silencio reinaba en el recinto donde la enferma se iba debilitando paulatinamente.

El médico, después de un rato de observación de la moribunda, dirigiéndose al esposo le comunicó: - La enferma está muy grave, padeciendo de una congestión cerebral. De ahí su trastorno nervioso, cuyas vibraciones sacudían su delicado cuerpo.

No había acabado el Doctor de pronunciar la última palabra, cuando ante la admiración y la sorpresa de los presentes, los ojos de la enferma se abrieron solo un instante, mientras los labios pronunciaron dos nombres: ¡Bertha! ¡Alberto! Y se volvieron a cerrar para siempre.

La madre, desolada, mandó a buscar a Bertha, la amiga tan querida por su hija; quien, densamente pálida se aproximó al triste cuadro que se ofrecía a su vista, en aquel lecho nupcial, y que la muerte había tronchado el idilio que se iba a iniciar entre los jóvenes que se juraron amor.

Bertha, la trágica viuda, al reconocer al Doctor L... tuvo que reprimir un grito de espanto pues el médico tenía fijos sus ojos inquisitivos, como si quisiera acusarla de los que estaba pasando en aquella alma.

Bertha no pudo sostenerse en pie al oír la voz del médico que le decía:

- ¿Es usted quien vive aquí? ¿Es, acaso, la amiga tan querida por esa joven? Pues bien, le diré que si no fuera porque todos adoran en ella, les haría saber que la joven ha sido envenenada, y por eso ha muerto. Pero no cabe desconfiar de los que la rodean.

Bertha, ya no pudo sostenerse erguida, y buscando inútilmente apoyo en algún mueble, rodó por el pavimento, cayendo tendida, frente al lecho de la muerta, su inocente víctima.

## CAPITULO XV

### Otra víctima más

El doctor L... se acodó en el alféizar de unas de las ventanas, un buen rato, pensando en la extraña muerte de aquella muchacha en plena juventud, y sin que pudiera encontrar un dato, con el cual poder continuar las investigaciones que aclararan el misterio del fatal desenlace.

De pronto, y poniéndose densamente pálido, se acercó al lecho de la muerta, donde yacía inmóvil, la recién desposada, luciendo su albo traje de novia. La contemplaba sin decir una sola palabra.

Tomó una mano de la desdichada joven, en la cual ya sentía el terrible frío de la muerte, que iba trazando rigidez marmórea en aquel cuerpo, poco antes animado por una energía vigorosa, de exuberante savia.

El médico divagaba mentalmente, y se decía: -¡Otra víctima más! Dios mío, ¿tendré que ser nuevamente su cómplice?

Nadie podría comprender el desgarramiento moral de aquella buena alma, que sostenía una terrible lucha interior, entre el deber que le gritaba el cumplimiento de su misión, y el dolor que le producía la desgracia que se cernía sobre aquella otra mujer que mataba por amor.

Extendió la mirada a su derredor, viendo con Alberto, auxiliado por su madre, levantaba el cuerpo de Bertha, a quien aplicó un frasquito de sales y dio a tomar un poco de agua.

Bertha, al volver en sí de su desvanecimiento, abrió desmesuradamente los ojos, al encontrarse con que cuatro cirios prestaban claridad al lecho, decorado de blanquísimas cortinas, donde la inocente Dolores dormía el sueño eterno.

La traicionera protectora fue acometida por un fuerte temblor nervioso, al hallarse con la mirada del médico, que posaba sus miradas ora en la muerta, ora en la infernal viuda, como interrogándola:-¿Qué has hecho, desdichada?

Con severa tranquilidad, el médico se acercó Bertha, ordenándole a los que la cuidaban que fuera trasladada a sus habitaciones, donde él le prestaría los auxilios de la Ciencia. Ya en la habitación pidió que lo dejaran a solas con ella.

No bien se hubo cerrado la puerta, se puso frente a la mujer que él suponía era la victimaria, con la seguridad del que tiene la convicción del hecho cometido, le preguntó a Bertha: - ¿Qué clase de flores le ofreciste a esa joven y dónde están?

Bertha, se tambaleó nuevamente, sin responder; pero sintiendo en su consciencia la voz acusadora de lo que acaba de hacer.

El médico, con voz autoritaria y lleno de enérgica violencia, la tomó por un brazo, diciéndole:

- Cuando asesinaste al otro, a tu esposo, te compadecí, porque al fin, eras joven, bella y fuiste casada sin amor; y en recuerdo de tu madre, callé. Pero, ahora, ¿por qué mataste a esa linda e inocente joven? ¿Por qué la envenenaste?

Ante el miedo de ser descubierta, Bertha, rechazó la acusación que se le decía, diciendo: - ¿Yo? ¡No!

El médico, reafirmando su culpabilidad, le respondió:- ¡Sí, tú misma la has envenenado!

Ante tal afirmación, la viuda quiso negar nuevamente, poniendo en salvo su responsabilidad. Pero el médico, ya con la prueba concluyente en su poder, le respondió.

- ¡Espera! Ya no podrás negar tu crimen. Ya no tienes necesidad de decirme nada. ¡Mira! Este es el frasquito, que, en hora fatal, te di en aquella noche que tanto remordimientos me ha causado, y que nunca me devolviste a pesar de habértelo dejado para que salvaras a tu legítimo esposo. Y el médico señalaba el diminuto frasquito de cristal, medio oculto entre otros objetos de tocador.

La viuda Altamira ya no pudo seguir negando, porque se había descubierto todo su criminal propósito acerca de la dicha que esperaba a los recién casados. Y, dirigiéndose el doctor L..., que le hizo estremecer de espanto, ante sus acusaciones, con altivez inaudita, en la que mostraba toda la vileza de su alma, dijo:

- Entrégueme al juzgado, pero tenga la seguridad de que nadie será dichoso mientras yo sea desgraciada.

Al pronunciar estas palabras, los ojos de Bertha despedían como chispeantes llamas de ira.

De esa manera, conoció el médico, toda la maldad encerrada en aquel sepulcro blanqueado. Y acercándose un poco más a ella le preguntó: - Mujer, ¿Por qué esa niña te hacía desgraciada? Dímelo. Te lo exijo.

En vano pretendía Bertha evadirse de dar una respuesta afirmativa, pues el médico estaba dispuesto a toda costa a saber la verdad, por lo que insistía en arrancársela, diciéndole, por último: -¡ O me respondes, o diré inmediatamente que tu eres la autora de un crimen por envenenamiento! De lo contrario, ve como te las arreglas.

## CAPITULO XVI

### La confesión

Bertha, la poseedora de un alma, que solo sabía de su egoísmo personal, le relató toda la verdad, sin titubear un instante, al médico, que ya la había salvado una vez.

La voz exaltada y temblorosa de Bertha, vibró en el pequeño lugar, y expresó.

- El amor me ha convertido en asesina, porque amo con todas las fuerzas de mi ser al hombre con quien Dolores se ha unido, no pudiendo ver cerca de mi la dicha de otra mujer, cuando para mi la he soñado. Yo no tenía valor para matarme, y por eso suprimí el obstáculo que se interponía en el camino de mi dicha.

Todas esas argumentaciones salieron de sus labios sin la más insignificante muestra de arrepentimiento. Se decía que era una insensible, o que padecía un desequilibrio de sus facultades mentales.

- Te oigo y te vuelvo a compadecer - dijo el médico. Sin embargo, explícame, y dime ¿el poso de esa joven sabe que tú le amas?

- Sí, le contestó Bertha. Se lo confesé tras de un antifaz, en un baile de máscaras que celebré en mi propia casa, en honor de los dos jóvenes. Alberto me dijo esa noche que nunca amaría a nadie más que a su prometida. Y yo no podía permitir que nadie riera mientras lloraba mi corazón.

- Bien. Ahora, dime: ¿dónde están las flores de que antes me has hablado?

Bertha, sabiendo que ya era inútil negar, señaló el armario, entregándole una pequeña llave al médico. Este, en silencio, abrió el mueble quedando maravillado de los matices de aquellas mortíferas flores, que parecían inofensivas a la vista.

Con gran sorpresa, después de examinarla cuidadosamente, pudo comprobar que las flores estaban hechas de tela y roseadas con un líquido que, al esparcirse por el aire y embalsamar el ambiente, producían una muerte lenta, sin que la víctima pudiera sospecharlo. El médico quitó la vista, dejándolas de examinar, para decirle a la infernal mujer:

- ¡Eres una perfecta criminal! ¡Tú consciencia es perversa! ¡Mi deber es entregarte a las leyes de los hombres! ; pero, no lo haré, porque Dios te castigará. Tu madre vela por ti. No serás condenada en la tierra por los hombres. Las leyes divinas te sentenciarán. Bertha no hizo solo un gesto. Quedó inmóvil. Nunca había medido las consecuencias de su crimen, puesto que había obrado arrebatada por los celos, que eran más fuertes que su voluntad.

En su desequilibrado cerebro se engendró el horrible delito que había cometido, sin que pudiera meditar lo monstruoso del hecho. Y con gesto casi desesperado, se volvió hacia el médico, para decirle:

- ¡Despréciame, si quieres! Pero debe tener la seguridad de que yo quería mucho a esa joven a quien maté; y si fatalidad no hace que las dos amáramos al mismo hombre, por el que ardía en amor y soñaba yo, hubiera hecho lo posible por verla feliz y contenta. El único culpable ha sido Alberto, porque muy bien pudo haberme amado a mi también; y hoy todos fuéramos felices, siendo, como soy, joven, bella y rica, lo bastante para ver hecho venturosos a cuantos dependía de ellos y de mi. Y repetía, una y otra vez: - ¡Alberto, es el culpable! ¡Alberto, es el culpable!

## **CAPITULO XVII**

### **En la tumba de Dolores**

En el pequeño cementerio de la aldea, se levantó una nueva tumba, cubierta por una pesada losa de mármol blanco. Detrás, en la parte superior, se colocó una cruz, símbolo de martirio y de redención, donde está escrito un nombre: Dolores.

Sobre los brazos de cada lado de la cruz crecieron unas enredaderas trepadoras, que casi cubrían el sepulcro, dándole sombra; mientras en su derredor se levantaban, lozanas y exuberantes, plantas de heliotropo, blanco y morado, que se entrelazaban, y que al soplo leve de la brisa, perfumaban el sagrado recinto, y como homenaje perpetuo, las florecillas caen sobre las baldosas que guardan los restos mortales de aquel ángel de la inocencia y de la pureza, inmolada por la envidia y la traición que sintió la mujer que codició para sí lo que no le pertenecía.

Dos hermosas coronas, permanentemente, adornaron la cripta de la cruz, en las que la mano de un artista, puso toda su inspiración para interpretar los sentimientos de los donantes. En las guirnaldas, que forman lazos en las ofrendas, se leían dos dedicatorias. En una está escrito: "A mi adorada Dolores, de su Alberto". En la otra en letras doradas se leía: "A Dolores, de Bertha"

A nadie causaba extrañeza leer estas dedicatorias, porque todos sabían el gran cariño que las dos personas le tenían a la joven, y cuya muerte, inesperada, les había causado inmenso dolor.

Alrededor de este fallecimiento, no obstante, se hacían comentarios, terminando con que en este suceso había un misterio que no se explicaban, pero que existía.

## CAPITULO XVIII

### El crimen no apagó la pasión de Bertha

Después que el doctor L... descubrió el nuevo crimen que había cometido la viuda de Altamira, Bertha, estuvo enferma por espacio de varias semanas lo que la hizo recluir en su casa, sin querer ver ni recibir a nadie, a excepción de Alberto, que, como era natural, al haberlo nombrado Administrador General de su fortuna, le atendía sus intereses, los que llevaba con honradez acrisolada. A pesar de cumplir su cometido y a pesar de llevar su corazón mortalmente herido por el recuerdo de su amada muerta, tenía la suficiente serenidad para observar en su protectora Bertha, una manifiesta tristeza, tan singular, que la hacía parecer como quien lleva perennemente la angustia agotadora que produce el dolor, cuando es intenso y cruel.

Alberto atribuía ese estado de la viuda al desenlace de la muerte de su amada Dolores, a quien aquella había demostrado quererla mucho. Sin embargo, en la apreciación que hacía el joven, aparecía una duda, una incertidumbre, que no acaba de comprender a descifrarla. Y callaba, manteniéndose hermético.

Bertha, entretanto, estaba alimentando esa pasión salvaje que la tenía enloquecida, al extremo de ser reincidente de un delito criminal. Esta pasión la obsesionaba, manteniendo la idea de lograr sus propósitos respecto al hombre por quien no vaciló en hacer víctima a la cándida jovencita que se fue de la vida en plena ilusión. Pero, mordida en la consciencia por la sombra tenebrosa de su nuevo crimen, luchaba por disfrazarlo de angustioso dolor. Para impresionar, y para aparentar ante los vecinos de la aldea, que aun lloraba la desaparición de su protegida, cuando hizo la primera salida, después de su largo encierro en el castillo, se dirigió al cementerio, colocando ella en persona, sobre el sepulcro de

Dolores, una corona que, a pesar de que los tiempos transcurrieran, se mantendrían en perfectas condiciones, cuales si fueran flores que se vivificaran con la lluvia y el sol.

## **CAPITULO XIX**

### **Remordimiento cruel**

Tres años habían transcurrido en que los restos mortales de Dolores se hallaban bajo la oscuridad de la tumba. Durante ese tiempo no le faltaron las flores del recuerdo, renovadas siempre y, regularmente, por la hipócrita Bertha, que rivalizaba en todo momento con el amor grande de la desconsolada madre y del adolorido corazón de Alberto, que mantenía un tributo de pureza en la tumba, para ellos sagrada, de Dolores.

Cuando Alberto no se hallaba en la aldea, ocupado en los negocios de la pérfida viuda, esta se encargaba de renovar la cariñosa ofrenda, lo que le hacía parecer, ante sus vecinos, como que ella queriendo a la muerta, con ternura inigualable.

Nuevamente vestía Bertha traje negro. Estaba totalmente cambiada. Su rostro, ahora pálido, tenía expresión tan triste que de todas las personas arrancaba una exclamación de pena, ya que ofrecía un aspecto conmovedor. Nadie podía ver en sus labios una sonrisa a pesar del tiempo transcurrido desde la muerte de su amiga. ¿Fingía? ¿Tenía remordimientos? A raíz de haber perpetuado su crimen, fingió un gran dolor, mostrando un pesar que, aparentemente la entristecía.

De pronto, empezó a sentir, verdaderamente, una gran tristeza, tan onda, tan lacerante, que llegó a sentirse sola. Ya empezaba a echarle de menos a la tierna solicitud de aquella virtuosa joven, que solo tuvo para Bertha el perfume de su cariño y de su sinceridad.

Sin explicárselo, sin saber cómo, experimentó un agudo dolor en su alma, al ir recordando todos los detalles de su amistad con Dolores, la Aldeana, que se iba fijando en su mente como la imagen inocente de la virtud, traicionada vilmente por su alma pervertida.

Con pasión seguía Bertha amando a Alberto, pero ya iba perdiendo el ansia de verlo, pues le parecía que una voz la acusaba a cada atención que su amado tenía con ella, y, sobre todo, cuando él le refería:

- Dolores, cuyo recuerdo para mi es inolvidable, la adoraba a usted. Algunas veces, bromeando con ella, le decía:

- Me parece que tú amas a tu amigas más que a mi.

Bertha no podía oírle esa expresión a Alberto, porque le parecía que algo se le rompía dentro de su pecho, y trataba de cambiar la conversación. En otras ocasiones, el joven administrador de los cuantiosos bienes de Bertha, le hablaba de la desgracia que representaba para él la muerte de Dolores, y le decía:

- Parece que nada merezco de Dios. Fíjese usted, señora Bertha; Dolores era mi novia desde niña y para ella solo vivía. La dicha que concebí, fue hacerla mi esposa, anhelo que ocupó todos mis sueños. Y...ya vio usted, que fatalidad se interpuso, y Dios me la arrebató, sin dejarme ni el recuerdo de su postrera despedida y sin poder recoger el último aliento de su existencia.

De los ojos de Alberto, brotaban las lágrimas que, en abundancia, rodaban por sus mejillas.

Bertha, cuya vida iba lentamente, convirtiéndose en un horrible martirio, no podía escuchar esos desahogos del corazón adolorido, porque le hacían sangrar el suyo, en el que se aunaban el espanto de crimen y la brutal pasión que le había hecho culpable. Buscaba el modo de esquivar el que Alberto le hablara de su amor y de su doloroso recuerdo; pero, no encontraba como librarse de ese tormento, puesto que Alberto, que la veía diariamente, no variaba el tema de su conversación, que siempre era el mismo: su amada niña muerta.

La diabólica Bertha, sentía como el remordimiento mordía su conciencia, al pensar que por su pasión, había llevado la tragedia y el sufrimiento a tantas personas que merecían ser felices. ¡Con cuánto placer hubiera ella secado las lágrimas de su amado Alberto! ; pero, ¿De qué manera hacerlo? Ante el dilema que se presentaba, optaba por escuchar, impávida, las lamentaciones del apuesto joven gozándose, casi, de ver las lágrimas en aquellos ojos que se negaban a mirarla con el fuego ardoroso de una pasión como la que ella llevaba en su corazón, y que tenía que silenciarla. Estas diarias emociones, iban debilitando, al extremos de adelgazar notablemente, aquel hermoso cuerpo, tan esbelto y arrogante, en otros tiempos.

Alberto, conmovido, observaba como iba arruinándose la belleza cautivadora de tan encantadora mujer, y la compadecía, en la creencia de que ese trastorno físico se lo causaba el recuerdo de la muerte de la amiga, su novia inolvidable. Estas consideraciones, hicieron nacer en él nueva estimación. Y a medida que transcurrían los días, una muy grande gratitud aparecía en sus sentimientos por la dama que rendía culto fervoroso a la memoria de aquella joven que lo era todo para él, y a la cual se había consagrado. Súbitamente, sin explicarse el por qué Alberto experimentó un intenso deseo de estar a todas horas cerca de Bertha, llegó a creer que estas conversaciones le agradaban a la impostora viuda.

## **CAPITULO XX**

### **Una carta de la madre de Dolores**

Cuatro años se habían cumplido de haber muerto Dolores la aldeana. Su recuerdo vivía en aquellos vecinos, en los cuales existía una veneración santificada por las circunstancias en que abandonó al mundo terreno.

Por la aldea corrían insidiosos comentarios, en los que jugaba papel importante los nombres de Bertha y de Alberto. En torno a estas personas se tejían murmuraciones desfavorables, tanto para uno como para la otra.

Guiada por un puro sentimiento, la infeliz madre de dolores, intrigada por la habladoría de lo que en el pueblo se decía, llamó a Alberto, para decirle lo que sigue:

- Aunque mi dolor de madre me hace sangrar el corazón, es preciso que, por gratitud y por caballerosidad, salves la honra de Bertha, casándote con ella, pues son demasiado desfavorables las cosas que se dicen de ti y de ella, se afirma que eres su amante, ya que la dama a quien van dirigidas esas calumnias, fue demasiado noble con mi hija y tu esposa, desde que la conoció.

Sorprendido por la observación de su madre política, al hacerle aquella sugerencia, Alberto guardó silencio, optando por no replicarle una sola palabra, ya que su pensamiento, su Espíritu y su corazón, estaban embargados del recuerdo de la inolvidable muerta, que se había llevado todo su amor, el primero y único que había sentido.

Meditó mucho sobre la conversación tenida con la madre de Dolores, llegando a comprender las razones que le imponían este sacrificio, que

otra cosa no suponía para su amor propio, romper con el juramento que consigo mismo tenía de no haber amado más que su adorada niña. Y pensó mucho tiempo, antes de decidirse a dar aquel paso, que podría ser una desdicha más en su camino.

Inexperto en los dramas que se desarrollan cuando la intriga y la perfidia presiden los hechos de los malvados, se dispuso a considerar que, de acuerdo a lo expresado por su suegra, era un deber, más que nada, casarse con la dama a quien todos en la aldea tenían en gran estimación, y digna de tal distinción por aparecer como benefactora de los que llegaron hasta el altar, protegidos siempre por sus generosidades.

## **CAPITULO XXI**

### **Terrible confusión**

Hechas esas consideraciones íntimas, Alberto llegó ante la presencia de Bertha, la belleza que se mustiaba, a quien saludó con la reverencia y el respeto que siempre le inspiró, durante los años transcurridos.

Al empezar a hablarle de sus propósitos, un entorpecimiento se manifestaba en sus primeras palabras, dominado como estaba, por una especie de emoción que, instintivamente, le advertía que iba a contravenir sus propios sentimientos. Un poco serenado de su balbuceante palabra, como un autómatas, más que como un hombre, le dijo a la viuda su determinación de hacerla su esposa. A medida que le iba refiriendo los motivos que lo inducían a ofrecerle su nombre, su palabra se tornaba sugestionante, y penetraba con violencia en el corazón de la atormentada señora.

Bertha, estremecida por el horror que le causaba la inesperada declaración de Alberto, o porque veía llegar el momento tan anhelado por ella, escuchó la sorprendente querrela con un manifiesto estupor, tanto que la privó de poder articular palabra alguna, en respuesta a lo que oía de labios del hombre que adoraba.

Fue un momento de terrible confusión para ambos, sin que ninguno de los dos acertara situarse en el punto en que la razón y la lógica determinarían el alcance de lo estaba sucediendo en ese supremo instante que cambiaría el rumbo de sus dolorosas existencias.

El silencio de Bertha, fue malinterpretado por Alberto, quien se adelantó al decirle:

- No es que haya olvidado a Dolores, Bertha, no.

Es que me parece que es ella misma la que me induce a que la salve de la maledicencia callejera.

Tras las últimas palabras de Alberto, se hicieron el milagro de serenarlos, sobre vino el entendimiento entre ambos, quedando concertada aquella nueva unión, que ya lo era en la apariencia y en la creencia de las gentes del pueblo.

Bertha, la reincidente victimaria de dos muertes, al fin lograría su sueño, en el cual cifraba su felicidad, al casarse con Alberto, el que había despertado en ella la más violenta de las pasiones.

Para unos días después se fijaron la fecha del matrimonio. La noticia del compromiso amoroso de Bertha, la viuda de Altamira, y de Alberto, se extendió por la aldea, lo que sirvió de nuevos comentarios, desatándose la lengua de los que se ocupan de la vida ajena.

## KAPITEL XXII

### La voz de la consciencia

Pocos días habían transcurrido desde aquel en que quedó formalizado el enlace matrimonial de la dueña del castillo y el administrador del mismo, cuando Alberto recibió una carta de urgente entrega, en la cual, de manera exigente, le llamaban de la ciudad capital.

Ante lo imprevisto de la llamada, por la que tenía que emprender viaje inmediatamente, le rogó a su novia prometida que no se impacientara, que lo esperara confiada, puesto que pronto regresaría para realizar las bodas ya anunciadas y que eran del dominio público.

- Pronto volveré para unir nuestros destinos- le dijo Alberto a Bertha, al despedirse. Y se fue.

Un torrente de lágrimas inundó los ojos de Bertha al decirle adiós a su amado. El llanto de Bertha lo motivaba el presentimiento de que no volvería a ver a su caro amado. Por eso lloró desconsoladamente, sintiendo un dolor que le oprimía el corazón, torturado por tan continuas y grandes emociones.

¿Era que la fatalidad se interponía en su camino, o que había nacido para no poder ser feliz? Meditando así, Bertha vio alejarse por el único camino que conducía a la ciudad populosa, al hombre amado por el que se había convertido en criminal, y por quien estaba dispuesta a volver a hacerlo si las circunstancias se lo exigían.

Hondas preocupaciones atormentaban a aquel Espíritu, obsesionado por lograr sus deseos, a trueque de todos los sacrificios, con tal de triunfar en sus aspiraciones.

Muy tarde, ya entrada la madrugada, se quedó dormida; pero con un sueño intranquilo, en el que tenía sobresaltos y revelaciones fantasmagóricas, que le hacían imposible un sueño reparador.

Antes de amanecer se levantó. Abrió una de las ventanas y, apoyándose en el alféizar, cruzó los brazos y esperó la salida del sol, al resplandor de cuya luz podía notarse en su rostro, pálido y demacrado, la huella que deja una noche de terrible insomnio.

## **CAPITULO XXIII**

### **La confesión del doctor L...**

La carta recibida por Alberto era del doctor L..., el mismo que fue llamado para que salvara la vida de su amada Dolores, cuando agonizaba en su lecho de desposada. Era el mismo que había asistido al esposo de Bertha, señor de Altamira, en sus últimos momentos, y que ahora se encontraba en el trance supremo de abandonar la existencia corporal, y en el que los cargos de consciencia pesaban como baldosas de plomo.

Al llegar Alberto a su residencia, el mayordomo lo hizo pasar enseguida, conduciéndolo a la habitación en que se encontraba el médico, en su lecho de muerte, hallando a un hombre que lo llamaba con voz entrecortada, porque ya la vista se le iba escapando.

Alberto reconoció enseguida a pesar de su estado cadavérico, al doctor L..., el que, sin ningún preámbulo, empezó a decirle:

- Sé que le proporcionaré aumentar su gran dolor; que destrozaré, aun más, su corazón; que aumentaré grandemente el sufrimiento de su Espíritu, pero no puedo callar, ni llevarme tan terrible secreto a la

tumba, porque no podría estar tranquilo en mi peregrinación por esos mundos planetarios. Antes que nada, tiene que perdonarme el que haya silenciado durante mucho tiempo este relato que habrán de torturarlo despiadadamente.

El doctor L... quedó silencioso durante unos minutos, después, prosiguió:

- Escúcheme Alberto: yo encubrí dos crímenes, por guardar un nombre, y rendir cultos a un recuerdo; pero, aunque muero acusándome el remordimiento por no haber cumplido con mi deber y no haber hablado a tiempo, hoy no puedo permitir que usted se una en matrimonio a la mujer que fue la asesina de su esposa, porque esto me condenaría para siempre ante la consideración de Dios, Padre misericordioso, que ve y vigila cada uno de nuestros pasos.

El joven Alberto, sobrecogido de espanto, y desconfiando de lo que acababa de decir el moribundo, intentó, sin embargo, pedir una explicación detallada de lo que había oído, dicho con absoluta firmeza. Pero observó que la vida se le escapaba al doctor L..., cuya voz se hacía, cada vez, más imperceptible.

El médico, que ya agonizaba, en un supremo esfuerzo, pudo articular las últimas palabras, que difícilmente, comprendió Alberto y que narraban por qué murió Dolores.

- Bertha, - dijo el médico, - fue quien le suministró a Dolores, un veneno, al darle el collar, la pulsera y el bouquet de flores, cuyos regalos estaban impregnados del letal tóxico, mientras que, con una mano, le señaló el frasquito que todavía contenía residuos de la medicina que sirvió para acabar con la existencia de la amada por Alberto.

Horrorizado, con los ojos encendidos por el coraje que le produjo aquella revelación, se acercó más al lecho del paciente, y con ansiedad le tomó las manos, como para darles las gracias, juntos, a Dios, que salvaba de responsabilidad a ambos, ante la justicia divina.

El joven logró su deseo, porque el médico, al que Alberto llamaba casi desesperado para que le aclarara lo que había dicho antes, había muerto, después de haber descargado el peso que abrumaba su consciencia, remordida por haber ocultado durante tanto tiempo los dos crímenes cometidos por Bertha, la elegante mujer de los grandes ojos verdes.

## **CAPITULO XXIV**

### **La suprema venganza**

Alberto creyó enloquecer al pensar en que Bertha había envenenado a su idolatrada Dolores, la joven que, de modo tan generoso le brindó su cariño, hondo y sincero, a aquella hipócrita mujer.

Alberto se preguntaba: - ¿Era posible tal cosa? Pero, ¿por qué? ¿Qué móvil la había semejante crimen? Ahora comenzaba a ver claro todo cuanto su honesto pensamiento no le permitió observar en su oportunidad, a pesar de repudiar, instintivamente, a su falsa protectora. Recordaba que muchas veces, sintió aversión y repugnancia hacia Bertha, por lo insistente de su mirada hacia él, que lo hacía cuando estaba junto a Dolores. Recordó la confesión de la enmascarada en el baile de disfraz que envolvía una amenaza terrible... Todas estas circunstancias fueron pasando por su mente, hasta la muerte, casi instantánea, de la que era amada tiernamente por su corazón, al beber la tisana dada por la pérfida amiga. Vino a su memoria el raro perfume de las flores, y el tenue olor que se desprendía de la pulsera y del collar, que Dolores, al ponérselas, dijo que esas prendas la fascinaban. Recordaba la gran tristeza que se

reflejó en el bello rostro de su amada, luego de haberse puesto aquellas joyas. ¡Fue el primer estremecimiento de su esposa! ¡Pobre Dolores! ¡Infeliz criatura, víctima de la artera amistad que le ofrecía una mujer malvada y cruel!

Y como perplejo, ante esta nueva conmoción de su Espíritu, se interrogaba a sí mismo. -¿Qué puedo hacer ahora contra esa diabólica mujer? ¿Entregarla a la justicia? ¿Con qué pruebas podía acusarla de aquel monstruoso delito, si no las poseía? Las últimas palabras de un moribundo no son suficientes para pedir tan enorme responsabilidad. Además, ¿para qué promover un escándalo en que el nombre respetado y venerable del doctor L ..., sería envuelto en el proceso, el cual mancharía su memoria, puesto que él, si no cometió el delito, por lo menos, lo encubrió, de lo que deduciría que también a él le tocaba una gran responsabilidad como cómplice indirecto.

Y Alberto proseguía su propio interrogatorio:- ¿Qué puedo conseguir con denunciar el caso a los tribunales? ¿Vengarme solamente?... ¡Sí, me vengaré! Pero sin que en mi venganza arrastre el nombre de ninguna persona. Solo de una manera podré llevar a cavo mi venganza, que será la suprema venganza de este Espíritu mio, que tiene el deber y que debe rebelarse contra la infamia de ese otro Espíritu impostor, que sufrirá, no lo dudo, las consecuencias de sus errores. Y empezó, en su interior, un soliloquio donde se desarrollaba toda la trama urdida por Bertha, y pensaba:

- Bertha, para apoderarse de mi, en un loco y desenfrenado amor, y segada por los celos, había envenenado a mi esposa, cometiendo un crimen inaudito; pues si ese fue su afán, se quedará sin mi, puesto que iré a unirme en la eternidad con mi dulce amada, con el amor de mis amores, con el encantador ensueño de mi existencia en la tierra y en el cielo. Tomada esa resolución, Alberto no meditó más, porque estaba casi enloquecido y fuera de sí; pero, en medio de ese turbulento frenesí, tuvo

un momento de serenidad para escribirle a su madre política, diciéndole la gran verdad que todos en el pueblo desconocían.

“Mi querida madre: correspondiendo al amor que usted me profesa, antes de abandonar este mundo, quiero hacerle saber que no tengo el valor para unirme a otra mujer, estando, como está, mi alma llena del recuerdo de su hija, mi tan amada Dolores. Le suplico que ruegue por nuestros Espíritus, que volverán a reunirse cuando deje mi cuerpo material. A dios le dice, Alberto”

También escribió unas líneas dedicadas a su nueva prometida, donde le decía:

“Bertha, la carta que recibí, en la que me llamaba tan urgentemente, era del Doctor L..., que ya en su lecho de muerte quería descargar un enorme peso de su conciencia, el cual no era otro que hacerme la confesión de los dos crímenes cometidos por ti, y el último, el de mi amada Dolores, de los cuales el había guardado silencio en recuerdo a tu santa madre. Perdóname que no cumpla la promesa contraída contigo, porque he tomado la resolución de irme a reunir con mi esposa muerta, envenenada por ti, injustamente, donde ahora ella mora, que es la eternidad. Jamás te veré, señora, siendo este tu mayor castigo, y mi mejor venganza. Hasta después de la muerte, es para dolores el amor de Alberto. Adiós”

## **CAPITULO XXV**

### **Comentario de los aldeanos**

Unos cuantos días habían transcurrido, cuando en la aldea se supo la extrema determinación que había tomado el apuesto joven Alberto, privándose de la vida corporal. La noticia fue recibida dolorosamente, ya que en cada aldeano había un admirador del gallardo mozo, en quien siempre encontraron al hombre que los quería con inalterable afecto.

Diversos comentarios se hacían entorno a este irreparable suceso. Hubo quien afirmaba que ese hecho se debía al constante recuerdo de su esposa, muerta de tan extraña manera. Otros opinaban que la neurastenia lo llevó a cometer tal desatino. Los más decían que el motivo principal era que no quería volver a casarse, y que, como estaba próxima la fecha de cumplir su compromiso, se libró de este poniendo término a su existencia.

Pero, ninguno de los comentadores sabía la horrible verdad de la tragedia en que Alberto fue doblemente víctima. Nadie, tampoco, pudo comprender el torbellino que había en el corazón de aquel joven en cuyo rostro jamás se vieron las huellas del huracán que estaba arrasando con todas sus amables ensoñaciones. Sin embargo, la verdad la poseían, inconscientemente, aquellos aldeanos, que pensaban que el verdadero motivo del suicidio de Alberto, era Bertha, la trágica viuda de Altamira, ya que al relatarle el doctor L... la historia de aquella, ingirió el resto del veneno del pequeño frasquito que había servido para acabar con la vida de tres personas.

## **CAPITULO XXVI**

### **Sufrimiento de las madres**

La madre de Alberto, sufrió tan tremendo choque en su corazón que, a los pocos días, murió de un síncope cardíaco, ignorando todo el terrible drama que padeció el hijo de sus entrañas.

María, la madre de Dolores, al enterarse del fin que tuvo Alberto, a quien llegó a querer como a su propia hija, quedó como anonadada, lo que la hizo retirarse a una completa soledad, llena de angustiosa tristeza, dedicando todas las horas de su existencia a rezar por aquellos Espíritus que habían cumplido su misión. Esta buena madre, su inocente creencia, echaba de menos y compadecía a Bertha, a la que seguía llamando la amiga de su hija, que había caído gravemente enferma, después de leer la carta enviada por su amado antes de suicidarse.

Bertha, rebasó de la gravedad que padeció; y cuando se sintió un poco fuerte, abandonó la aldea, yéndose a un apartado lugar de la ciudad capital, donde, después de un año de intensa gravedad del estómago y de sufrir una parálisis general, rindió su tributo a la tierra, tras de haber hecho testamento, dejando como único heredero de su inmensa fortuna a un asilo de huérfanos, en nombre del amor que nunca pudo convertir en realidad.

## Epílogo

Cuando los Espíritus se encontraron en el Espacio, ya libres de las trabas de la materia, el primer auxilio espiritual que hallaron se lo prestó Dolores, que antes de desencarnar hizo arrepentirse a Bertha del camino del crimen, y aconsejándolos, los acercó a todos, y en nombre de Dios, quiso ayudarlos, ya que era un Espíritu que había padecido grandes sufrimientos, le fue fácil obtener la tarea de redimirlos con su ejemplo. Y tomando bajo su protección a su amado de ayer, les propuso volver a la Tierra.

Bertha, estaba sinceramente arrepentida. La generosidad de víctima la confundía. Por otra parte estaba ansiosa de olvidar el ayer terrible, donde solo encontró dolores, los cuales considera ahora naturales, puesto que “el siembra vientos, recoge tempestades”.

El Espíritu de Bertha, ayudando por el de Dolores y otro más, en decidida acción, pidió estar junto al del doctor L..., al que también le había ocasionado mala, ya que tenía deudas que saldar con la providencia.

El doctor L... sería su padre y ella su hija a quien él salvó con su discreción, en materia, del patíbulo o de la cárcel, pero tenía que ayudarla a evolucionar como base de perdón.

María, la madre de la aldeana, es la madre de Julia en esta existencia, aunque, como ves con un nuevo cuerpo y esposa del doctor L..., que en su nueva envoltura ha hecho el bien en forma de caridad; ha predicado el amor, pero no ha encontrado aun la comprensión en la esposa, porque esta, sin saberlo, tiene en sí el recuerdo del ayer de su existencia anterior, cuando el hombre, pudo desenmascarar a la asesina de su hija.

Aquí, en este hogar formado con el objeto de ayudar a borrar los errores del pasado, reencarnó Bertha, bajo la nueva envoltura de Julia.

A Bertha, la envenenadora arrepentida, le tocaba ahora, la parte difícil.

Alberto, desencarnado, continúa en el Espacio.

Al doctor L..., a la madre de Alberto, y a Bertha, al tener que reencarnar nuevamente, les protegía el Espíritu de Dolores pero no pudo evitar un suicidio.

Alberto, al reencarnar, tomando la nueva forma corporal, tenía, como prueba especial, con la mujer que fue criminal por su amor, y no podía, por leyes de la justicia, unirse a ella, aunque sí la amó.

El esposo de Bertha, Altamira, es el Espíritu de pruebas de la casa en que reencarnó, con otra envoltura, su esposo del ayer. Y que, creyendo vengarse, hace daño a aquel que no lo pudo salvar.

Todos sufren, pero la tarea impuesta por el amor que el Espíritu de Dolores se impuso, triunfará.

El Espíritu de Dolores, es el rodea al que en esta existencia fue el padre de Julia, con su blanco traje y amplio velo. Este Espíritu quiere que todos leguen a amarse.

El Espíritu de Julia Hernández, la joven suicida, perdona, al que fue su amado, al que sigue adorando, junto a su amiga del ayer.

Era imposible esa unión. Ya lo ve: no podía Julia unirse a un hombre cuando un crimen de otra lo separó. La joven de esta historia tomó veneno porque el veneno fue utilizado para asesinar en su ayer.

Por eso te decía, querida hermanita: Todo es justo siempre en la ley de Dios.

Existe un por qué. Ella misma se sentenció al encarnar. Esa es su evolución. Y se ha cumplido la ley del Talión: “¡Ojo por ojo... Diente por diente!” .

No lamentes el hoy de Julia. Ora por el ayer de Bertha. A Dios, hermana mía.

¡Dios mío! ¡Cuánto dolor! ¡Cuántos errores! ¡Cuándo seremos buenos!  
¡Cuándo nos amaremos cómo Tú nos enseñas, Padre Universal!

Gracias para ti, Espíritu bueno, que me has escogido para revelar al mundo esta historia del pasado de Julia Hernández, la joven suicida.

## Tristeza y consuelo

Atardecía. Hora de recuerdos. Hora de análisis. Hora de tristeza. Y me sentía triste, con esa tristeza mágica que sienten los que piensan en el dolor. El paisaje se me ofrecía triste, la naturaleza misma me parecía triste. El panorama, ciertamente, no me inspiraba nada que pudiera encontrar el amor del Creador. Los árboles estaban deshojados. Nubes de polvo se levantaban impelidas por el viento. Era lo que presenciaban mis ojos en esa tarde de recuerdo lejanos y de tristezas presentes. Las palmas, ese orgullo de las praderas, que frente a mi humilde casita, crecen como bendición del Eterno, las veía languidecer, como si se lamentaran del olvido en que, al parecer, las tenía Dios. Con ellas me dolía yo, y con nosotras la tierra, que falta del rocío bendito de la lluvia, se endurecía, y de madre exuberante, se convertía en surco estéril.

En esa hora crepuscular me sentí muy triste, llorando en silencio, y mi alma pidió misericordia y piedad por todos, ya que todo lo sufrimos bien merecido lo tenemos, porque somos rebeldes, porque somos creyentes de la doctrina de Jesús, pero violamos continuamente las leyes divinas establecidas, sabiendo que obramos mal. Ante esto, ¿qué otra cosa podemos esperar? Yo no creo en castigos impuestos por Dios; pero si creo que tenemos que recoger lo que hemos sembrado, puesto que no cumplimos en nuestro lejano ayer, con esas leyes, como no la cumplimos en el presente, a pesar de que comprendemos que a cada paso la barrenamos, y hacemos transgresiones de ellas.

Llegamos a la Tierra para reparar errores y para purificar nuestro Espíritu. Y, cuando como yo, se es pobre, huérfana, y se siente hondamente el dolor de los que sufren, a veces la tristeza me llega profundamente, pero tengo que prescindir de ella para darle el consuelo de los otros, de los que sufren, y no tiene fuerzas para soportarlo. ¡Entonces hay en mi un contraste!

¡Me siento feliz ante las miserias espirituales y físicas de los que padecen!; porque siento la voz de los Espíritus que me dicen que la misión del hombre en la Tierra no se cumple cabalmente a consciencia si no es amando a los demás al extremo de olvidar nuestros dolores.

En ese atardecer, que me parecía melancólico, porque yo estaba triste, estaba contraviniendo las divinas leyes de la naturaleza, ya que sentía el peso de la gran tristeza de la pobre humanidad, y pretendía expansionar ese íntimo sentimiento que embargaba mi alma, yo que siempre he sido dada a sonreír y a infiltrar la esperanza a los demás, venía decirle al mundo, de ese pesar que a veces domina nuestra voluntad, y le cedemos lugar a la nostalgia.

Ante el paisaje que al empezar describo, no podía sentirme ni alegre ni dispuesta a escribir nada que no fuera el reflejo álmico de lo que pasaba por ella. Pensaba en los que tienen el alma sensible, en los que confrontan contrariedades, en los que lloran a solas los desengaños, en los que han saboreados las ingratitudes en todas sus manifestaciones crueles, y en los que la vida ha sido un constante martirio, y como en tanto iban pasando por mi mente todas esas ideas, al pensar en mi, consideraba que nadie puede apartar las causas de las tristezas ni de los sentimientos, porque la Tierra y nosotros, sufrimos lo que debemos, hasta tanto no conquistemos la remisión de todos los motivos que la justificaron. Después de este soliloquio, se operó en mi como una transformación. ¡Sentí como un gran consuelo en mi cuerpo y en mi ser!

Me pareció que todo era luz en torno mío; que en lugar del árido paisaje que miraban mis ojos entristecidos, brotaba un vergel de flores perfumadas y que mujeres de indecible belleza me sonreían y halagaban, y que hombres de espiritual ternura me extendían las manos, y todos se sentían dichosos.

Después, escuché la misma voz que me hacía como una reconvención, diciéndome:

- Escribe cuando estés contenta de la obra de tu Creador; cuando tus palabras sean como rocío vivificante para quien las leas; pero no trates nunca de transformar lo que por ley natural tiene que sufrir el Espíritu encarnado o desencarnado. No trates de atormentar con lamentaciones de tu Espíritu a los que pueden haber sufrido más que tú, ya que aun no eres madre, y que no pueden compararse con los que sufren los que lo tienen.

¡Cuántos hay que han sufrido enormemente entre las esperanzas y las decepciones, en aquellos que llamas tus hermanos del alma!

Al terminar de escuchar las palabras del hermano del más allá, me sentí contenta, puesto que ellas me han dado luz en mi sendero; a la vez, que una lección para alejar siempre de mi todo cuanto sea tristeza, dolor o sufrimiento.

Marzo de 1945

## REMEMBER

A mi inolvidable hermano carnal, Alfonso Hilario Fresno Basulto, en el octavo año de su transformación.

¡"Nono" querido! ¡Hermano de mi alma! ¿Dónde estás? ¿No escuchas mi voz que te llama? ¿No apercibes el hálito que, con perfume de azucena, exhala mi corazón, para ofrendártelo, como testimonio de mi cariño?

Sí, Alfonso, yo se que tú me escuchas. Los ojos de tu alma están fijos en mí...Percibo tu aliento, que, como suave brisa, me acaricia, y me prestas fuerzas y vida. ¡Qué bueno fuiste! Aun me parece verte, joven y arrogante, siendo padre de nuestra familia.

Tu vida fue breve. Realmente, lo comprendo; Dios no podía prolongar tu existencia en estos valles del dolor, donde tu Espíritu sensible, tanto sufría: Tu cuerpo terminó su jornada, quedando tus ideas grabadas en nuestro corazón y unidas a tu recuerdo, que no pueden morir y seguirán entre los que bien te amamos.

¿Me escuchas, Alfonso? ¿Ya ves que dedico unas lágrimas de ternura a tu memoria? No te hemos olvidado. Los seres que amamos mueren para el mundo; pero en nuestra alma, ¡no!

¡Hermano mío: desde el mundo de la realidad, vela por los que aquí quedamos! ¡Comprende la justicia de Dios y acata su voluntad, que un día serás luz y esperanza para los que sufren!

Mi Espíritu, en este día tan memorable, pide a Dios por ti, y quisiera, que el tuyo, compenetrado con el mío, sintiera muy hondo el divino amor de Dios; que pudieras sentirte feliz en tu nuevo estado espiritual. ¿Por qué no has de sentirte dichoso?

Cuando descienes al planeta donde tuviste tan breve estancia, encuentras en todos los que te quieren que cultivan para ti la flor del recuerdo más tierno para ofrecértelo como homenaje a lo que fue tu grata compañía.

¡Hasta la brisa que en este mes de las flores acaricia nuestro mundo, parece decirte: te recordamos y dulcemente ofrendamos tu tumba! Mayo te envía sus flores, embalsamando tu despedida terrenal, ya que, como él, terminaste tu jornada. Y como él, como el mes de Mayo, el mes de las flores, y como él, amoroso y acariciador, tú volverás, tú seguirás viviendo y transformándote, para volver, como viajero incansable del espacio, para traernos el perfume hecho amor del progreso de tu Espíritu, para regarlo entre los que te amamos. ¡Ven, que te esperamos y te bendecimos, como a Dios que te dio vida eterna!

Mayo de 1945

# ¡María!

## I

¡Señor, tú eres justo! ¡Dios mío, tú eres bueno y misericordioso! ¡Tú no trazas, caprichosamente, la senda de tus hijos, porque tú los amas, y sufrirías al ver las sendas que cruzan algunos de ellos!

Analizando, tengo que pensar que todo es justo, al leer esta mañana, en el libro de una vida, cuyo capítulo me ha entristecido tanto que, para no negarte, yo, que tanto te amo, ¡Padre mío!, he tenido que meditar mucho, al ver a María, la harapienta, arrastrando, como pesada carga, su frágil cuerpo, donde su alma se doblega al peso de los infortunios. En sus ojos hay reflejos de la más honda angustia, que agita constantemente, todo su ser. Tiene hermosos ojos, color de ese cielo en un día corriente de primavera, que se tornan sin brillo al choque rudo del vendaval de la vida conque ha sido despiadadamente tratada. Su cutis blanquísimo, que pudiera lucir, cual rosa fresca, sus mejillas, está curtido por los abrasadores rayos del sol, que, perennemente, lo quema, y que le restan encantos a sus rubios y ensortijados cabellos.

## II

Al verla, desde lejos, su grácil figura nos atrae, porque es bonita. De haber tenido los cuidados y los mismos paternos que necesitan las jóvenes, María hubiera tenido realizada su belleza angelical, esa que subyuga y que apreciamos en los magníficos cuadros de famosos pintores.

Pero, ¿cómo vive María? He dicho mal, ¿cómo deambula, por el mundo, María?

### III

Si pudiéramos pensar en otra Ley que no fuera la Ley Divina, diríamos que a esta criatura desde que llegó al mundo, todo le fue negado. Nació de una madre idiota. A su padre si no le hubiera conocido, le hubiera sido mejor. ¡Existen seres que, como el manzanillo de la leyenda, dan la muerte con solo su sombra! Tal es el padre de María, esta mártir de la Tierra. Para faltarle todo, está privada de la consideración social, que tanta falta le hace a las personas de todas las posiciones.

María tuvo por hogar una oscura casucha en las afueras del poblado, donde hasta la naturaleza se mostró estéril. Sus ojos han contemplado, como un desierto, la rojiza tierra que se pierde ante su mirada con grandes y desnudas hondonadas. No tuvo el bendito pan de la instrucción. Todo le faltó en sus años infantiles.

### IV

¿Cómo asistir a la escuela? Siempre tiene sus pies descalzos y el vestido harapiento. Ni el recuerdo de un libro de sana moral pudo tener. Entregada a la ignorancia más absoluta, la vida de María fue la de la hija del arroyo. ¡Pobre María, rodaste al abismo, cayendo en la degradación, sin consciencia de tus actos! ¡Nadie amparó tu inocencia ni se preocupó de tu caída!

¿Quién pensó en tu desventura? ¿Qué le importó a nadie tu miseria? Solo sabe el mundo que eres una escoria más que la sociedad arroja de su seno, para que te pudras en el lodazal del vicio, tratándote como tal.

¿Qué hiciste tú, María, para que te traten con tanta indiferencia, los unos; con tanto desprecio, los otros? Tú no eres responsable de tus miserias morales ni materiales, ¡porque tú eres buena! ¡Yo lo veo en tus ojos! Lo veo en tus gestos. Sin embargo, ¿por qué la sociedad te estruja y te desampara?

## V

Dios es justo. Él ama a sus hijos, y, caprichosamente, no puede negártelo todo, sin concederte nada.

Si el hombre escribe su propia historia, si cada uno tiene que pagar sus deudas, porque Dios es justo entonces, ¿qué orgullo orgulloso magnate habrá dejado su dorada mansión, rodeado de lujo fantástico y de consideraciones mundanas, para volver a su nueva inmigración a ocupar este cuerpo y posición tan distinta? ¿En qué tumba marmórea descansarán los despojos mortales de tan lujosa dama, tan pagada de su linaje aristocrático, que a todos despreciaba, que miraba sin ver los capítulos que escribe cada ser en la historia universal?

¡Oh, sí, María! Tu envoltura de hoy oculta un alma que, de poder manifestarse, nos llenaría de asombro lo que nos contara respecto a los incidentes de tu etapa vivida anteriormente. Al verte, bien se conoce que siempre no has vivido como ahora pasas por el escenario de esta vida, necesariamente, para creer en un Dios de justicia, Padre Amoroso.

El hombre tiene que tener un pasado, mejor dicho, como dijera el insigne educador José de la Luz y Caballero: "la cuna tiene un ayer y el sepulcro un mañana". Y contemplamos esas aparentes desventuras para que estudiemos y sepamos que el Espíritu del hombre siempre ha existido, cuyos pasos, cayendo hoy y levantándose mañana, le han de despertar de la inercia que le ha embotado, a través de la existencia, pasando por lo que a otros hizo pasar.

Los patéticos tonos que ofrece el cuadro que contemplamos, son ejemplos para que la humanidad pueda estudiar y despertar del letargo en que está sumergida, haciéndole responsable y consciente, hasta que se convierta, por la superación, en la concepción plena del amor y la cultura.

## VI

Sola, en soliloquio con mis ideas, me hacía estos razonamientos, como si alguien se empeñara en hacerme conocer aun más ampliamente que cada uno es hijo de sus obras, y que lógicamente, existe un pasado, entró en mi casa como un rayo de luz que penetrara en las sombras, mi amiga Anastasia, mujer por todos querida y respetada, de cuyo hogar, como esposa y como madre, ha hecho un templo, rindiéndole culto a la moral más pura. Desde la cuna se ha deslizado con placidez encantadora. La más ligera nube no ha podido empañar el ciclo de su vida, pareciendo como si un hada bienhechora se tomara empeño en apartarle las espinas del sendero que debía recorrer.

Anastasia se casó muy joven, siendo amada con ternura por su esposo. Jamás ha sabido del amargo sabor del llanto. Todo su amor lo consagró a un hombre respetado y querido. Madre de numerosa prole. Todos, a porfía, se disputan el honor de venerarla y de imprimirle un beso en la frente, símbolo del amor filial. Sin embargo, cada cual, le oculta las espinas que pudieran lacerar su corazón y entristecerle el alma, para ofrecerle la ofrenda de la dicha, convertida en expresiones de satisfacciones.

La refinada simpatía que emana de su persona, a todos atrae. En los umbrales de la ancianidad, su mirada recorre el pasado y sus pensamientos rememoran recuerdos que se fueron.

Al preguntarle yo si era feliz, como para ahondar en esta otra vida, me respondió con el goce infinito retratado en el rostro:

- Soy todo lo feliz que se puede ser en la Tierra.

El rostro de Anastasia resplandecía al reflejarse la íntima satisfacción de su alma. En su frente, coronada ya por hilos de plata, había como una areola de luz al evocar su pasado de mujer consagrada a su familia, de esposa feliz y madre ejemplar.

## VII

Mientras oía la palabra de mi visitante, llenas de felicidad, pensaba en María, que también fue hija. Pero, ¿quién cuidó de su inocencia y quién hizo que en su alma floreciera el amor y su perfume embalsamara el ambiente de un lugar de esposa? ¡Nadie!

Sin embargo, María es madre. Una niña de rubios cabellos la acompañan, oprimiéndola sobre su corazón de madre amorosa. Pero, no podrá evocar, como himno de triunfo en el ocaso de su existencia, los recuerdos de su juventud y recrearse en las venturas del hogar.

Lo que si se, es que hay que estudiar mucho en el libro de la humanidad.

¡Humanidad, despierta del letargo de tu ignorancia, y, concómete! ¡Eres dueña de tu destino, y puedes romper las cadenas que te atan de pies y manos! ¡Extiende las alas en busca de las regiones del infinito de donde procedes y adonde volverás!

## VIII

¡María! ¡Anastasia! ¡Cumplid ambas vuestra misión!

Anastasia comienza a recoger los frutos que sembró, cuyo pasado, como flores, embalsaman tu camino presente. Ama, y sigue adorando a Dios.

María: ¡Las espinas destrozan tu cuerpo, haciéndolo sangrar! ¡Un día se trocarán, en luz tu oscuridad; en virtudes tus vicios; y regenerada, volverás a la Tierra a enseñar a tus hijos, como madre amante, y a bendecir a Dios!

¡Bendito sea el Espiritismo! Sin él no concibe la grandeza de la justicia divina. Con él todo es luz. Sin su conocimiento, todo es sombra, tinieblas, lobreguez.

Mayo de 1945

## **LOS HECHOS DEL PRESENTE CONSECUENCIAS DEL PASADO REVELACIONES DE UNA TRAGEDIA EN EL MAR**

**Historia de lo que fueron ante la presente reencarnación,  
tres personas que perecieron ahogadas.**

### **I**

Morir en pleno goce de la vida corporal, cuando todo sonrío a la juventud, es doloroso. Salir en alegre algarabía y regresar entre amargas lágrimas, ¡qué duro y cruel es!

No encontrar una mano salvadora que sostenga y ampare al naufrago que cae en las embravecidas olas del mal, ¡es verdaderamente cruel!.

El alma impresionable, el alma sensible, se estremece y se pregunta, ¿por qué Dios no les permitió que esas tres personas se salvaran, como los demás compañeros? ¿Por qué? Estas eran las interrogantes que lanzaba el médium al Espacio infinito. Y el Espíritu que las recogió, le contestó del modo siguiente:

## II

- Porque hay un por qué muy razonable. Escribe, medita y analiza luego. Es una voz que quiere enseñarte, quien te inspira.

Aquellos que lamentan la muerte prematura de esa hermana que, en plena juventud encontró la muerte entre las aguas marinas, y que era muy querida de sus familiares y apreciada por todos los que la conocían, hacen mal en dolerse de tal tragedia. Lo sucedido no es un hecho corriente, hijo de la casualidad o la imprudencia. Es la consecuencia de deudas contraídas en el pasado de sus existencias y que había llegado el tiempo de pagarlas y que te voy a demostrar, para que sirva de estudio a los que siguen el camino del Espiritismo.

Entre esa joven y esos dos jóvenes que conociste, existe una estrecha relación desde hace muchos años, porque estuvieron íntimamente unidos en el ayer lejano. Ella - en su anterior reencarnación- fue un hombre de ilustre alcurnia y dorada cuna. Admirado por su talento. Era orgulloso y caprichoso. Jamás tuvo un solo deseo que no lo viera realizado, aunque provocara lágrimas de dolor. Para conseguirlo, contaba con su dinero, su nombre, su arrogante postura y su inseparable escudero, que le tenía tanto cariño y era tan servil a su señor, que no vacilaba ante ningún obstáculo para complacerlo en sus caprichos.

### III

Las hermosas playas de Andalucía, bañadas por el Atlántico, fueron el escenario de un hecho que marcó el prólogo de la historia cuyo epílogo han contemplado los hombres de hoy, sin poder conocer nada más que los hechos del presente.

Era el guardador de la torre del faro, un pobre hombre, sin más capital que su honradez ni más alegría que el cariño, lleno de ternuras, que le ofrecía a su hija Virginia, una jovencita, bella y candorosa, con todas las características de la niñez en su rostro. Virginia, con su porte elegante y sencillo, a la vez, atrajo un día las miradas codiciosas del dueño de la vecina señorial residencia, quien, al contemplarla, sintió nacer una gran pasión por la criatura; tan violenta era, que la seguía, aunque a distancia. Al observar que conversaba con un hombre se aproximó al lugar en que se hallaba. Al ver que era el guardador del faro, saludó ligeramente, pensando que al no poder ser su esposa, tendría que ser su hija.

Como aquel caballero era aficionado a viajar, no sabía que aquella hermosa niña era su vecina. Que era huérfana de madre, y el único tesoro de su padre.

Muchas veces siguió a la joven, desde lejos. A veces, propiciaba el encuentro casual, y le hablaba de cosas sin importancia, al parecer; pero el pensamiento de aquella mente enferma y temperamento morbosos, estaban muy lejos de lo expresaban sus palabras. Le hablaba de las bellezas del mar, del maravilloso espectáculo que ofrecían las olas al estrellarse en los arrecifes o extenderse en las playas, besando suavemente las doradas arenas...Hasta que una noche, la casualidad puso las armas en sus manos con que atacar a la bella jovencita, por el falso adorador. Era una noche hermosa. La luna brillaba en el cielo azul, y en la superficie de las aguas se reflejaba como un disco de plata. Desde pequeña, Virginia era admiradora de las bellezas de la Naturaleza, y esa noche se encontraba cantando, sentada sobre una roca, esperando la llegada de su padre, por no estar solita en su pequeña cabaña.

Con suave entonación cantaba una copla de su país, cuando de pronto sintió breve pasos cerca de ella. Pensó que sería su padre, que volvía. Esperó, viendo con sorpresa, que en vez del que esperaba, tenía delante de sí, mirándolo asustada, al apuesto señor de la señorial mansión. Pronto concibió la idea de alejarse, poniéndose de pie; pero él le dijo:

- No se inquiete, señorita, no le haré daño. Soy Luis, su vecino.

Y con estas palabras, la joven se tranquilizó.

Virginia se había criado sola en ese aislamiento, con su padre, en la casita y a orillas del mar. Desconocía al mundo y sus intrigas y sus pasiones. Conceptuaba a los hombres en el ejemplo del autor de sus días, y no podía suponer que esa noche empezaría la triste historia de la cual fuera la protagonista más tarde.

Concedor del mundanal lenguaje con que engañar a las mujeres, aquel que solo era caballero de nombre, no dejó entrever ni una sola palabra que alarmara la honestidad e inocencia de la jovencita. Elogió su voz y su hermosura, que aumentaba la armonía del paisaje, bañado con los pálidos reflejos de la plateada luna.

Virginia le escuchaba absorta, porque nunca había oído halagos iguales. Cuando el galán se alejó, al oír la voz del padre de la niña que la llamaba, le dijo:

- Mañana, cantaré nuevamente.

Y él contestó:

- Mañana volveré.

La noche siguiente, se volvió a oír la tierna y dulce voz que cantaba nuevamente, como si fuera la señal convenida.

Luis apareció, vistiendo un uniforme azul, que realzaba su esbelta figura. Llevaba un rollito de papel en la mano. Al acercarse al joven, sintió como un remordimiento vago, pensando en su padre que estaba solo... Sin embargo, ella había sido tan feliz la noche anterior... Y esta noche, ¿por qué no le había invitado? Pensó en él con pena. Era tan joven que todo lo olvidó, escuchando arropada la voz de su acompañante. Este había preparado la escena. Los papeles tenía escrito una composición poética en la cual se contaba la historia triste de un caballero, de noble estirpe, y la triste suerte que tuvo al conocer el amor para su tormento, pues la dueña de sus pensamientos no le amaba, terminando la improvisada historia de manera trágica, al suicidarse el galán.

Virginia le escuchaba con atención, y al terminar, con voz entrecortada por la emoción, dijo:

- Pobrecito, se mató. Ella tuvo la culpa por no amarle. Al oír estas palabras, el caballero le dijo a la joven:

- Dime, Virginia: Si fueras tú; ¿qué harías?

- ¿Qué habría de hacer? Le amaría.

Entonces él, poniendo toda su pasión en cada palabra, le dijo:

- Virginia, yo te adoro, y si tú me desprecias, me mataré. Y se arrodillo a sus pies, fingiendo otra honda tristeza.

El tierno corazón de la niña se desbordó en ternura; y con temblorosa mano le ayudó a levantarse, diciéndole:

- Yo no se lo que es amor. Pero, por Dios, no se mate usted por mi. Yo me moriría de pena si tal hiciera. Con estudiada emoción, él se dejó levantar, y estrechando las manos de la temblorosa criatura, le dijo:

- Por ti viviré. ¡Cuántas mentiras! ¡Cuántos engaños! ¡Con qué facilidad un hombre de mundo conquista el corazón infantil, para asumirlo luego en la desesperación y la muerte!...

#### IV

Noche tras noche, las horas las pasaban en dulces pláticas. Ella, amándolo con la nobleza de su alma, él, tejiendo las redes donde quedaría presa la incauta niña.

Hacia un mes que se veían casi a diario. Ella le dijo al galán, que fuera a su casita. Allí conocería a su padre, y podrían hablar de su cariño, porque estaba apenada al ocultarle tanto tiempo sus amores, ya que su padre era muy bueno y la amaba tanto...

El amado perverso, poniendo en juego su audacia, logró persuadirla de que por el momento eran más felices así, teniendo para su idilio como testigo solamente al mar. Le fijó un plazo en el cual iría a su casa. Con marcada perfidia él calculó el tiempo que coincidía con la fecha señalada, con la salida de un barco que zarparía para países lejanos, sin que nadie pudiera averiguar su paradero. Una vez que logró su deseo vesánico, se sintió satisfecho. Él no amaba a la joven. La deseaba solamente.

La niña era una mujer distinta a las demás que él conocía. Vestía, regularmente traje azul, delantal blanco y pañuelo de colores; de su linda cabeza partía dos abundantes trenzas de pelo castaño, que servía de marco a un divino rostro de mujer, cuyos ojos eran fascinantes. El afán del conquistador era seducir, confiadamente, a la incauta joven para

abandonarla, así que hubiera saciado sus instintos salvajes. Como lo pensó, así logró todos sus propósitos.

Virginia, en el loco frenesí de su amor, solo aspiraba a amarlo, haciéndole las horas felices con la ternura de sus besos anhelantes. La ignorancia la convirtió en culpable, cuyo delito era perdonado, porque obraba de sano corazón, sin comprender la perversidad de los hombres que ultrajan el sentimiento y el cuerpo de la mujer ingenua.

El seductor, saciado el capricho, planeó alejarse, abandonándola a su propio destino.

## V

Una noche se presentó la muchacha, muy agitada. Llorando, le contó que su padre se oponía a esas relaciones amorosas. Le suplicaba que saliera a las rocas con ella, pues no podía estar sin verle.

El seductor volvió a hacerle la promesa de matrimonio, salvándola de la deshonra; pero, temeroso, la hizo volver a su casita más pronto de lo que acostumbraba a hacerlo. En el trayecto, después de dejar al amante, Virginia iba pensando en revelarle a su padre lo que sucedía. Pero la vergüenza la precipitaría a una violenta resolución, ya que nunca le había dicho nada de esos amores a su idolatrado padre, en la creencia de que Luis -que así se llamaba el amantecumpliría como caballero. Así llegó a la casita, llorando amargamente.

## VI

Mientras tanto Virginia sufría, él buscaba la manera de alejarse, lo antes posible, de aquellos lugares, puesto que no le agradaba ver las lágrimas

de sus infelices víctimas. Y cobarde, pensaba en el peligro a que se exponía si la joven contaba a su padre, lo que acontecía.

Fue entonces que llamó a su fiel servidor, y le contó lo que le ocurría. Este dijo:

- No se alarme usted. Yo le ayudaré. En una barca nos alejaremos de estas playas. Dentro de tres días zarpará un barco rumbo a Cuba, y en él tranquilamente, nos iremos. Y después, ¿Quién podría acusarle a usted? Aunque ella hable ¿Quién va a creerla? Y aunque la creyeran, ¿puede una joven pobre e ignorada, reclamarle justicia a un acaudalado caballero? ¡No!

## VII

Ellos no contaron con el gran dolor de la pobre joven. Casi loca, sufriendo intensamente su desgracia, pasó la noche, esperando, anhelante, los claros del día para presentarse nuevamente al hombre que amaba y decirle toda la verdad. Ella iba a ser madre, y por sonrojo, no se lo había hecho conocer la noche anterior. Apenas empezó el día, salió de su casita, dirigiéndose al castillo que, majestuoso, se alzaba en una pequeña colina. Al acercarse a la verja de entrada, observó un gran movimiento en el piso bajo, y a poco, al señorito y al escudero que, con una maleta, venían en dirección a donde ella se encontraba. Al advertir ellos su presencia, el seductor fingió sorpresa y con leve saludo, le preguntó:

- ¿Qué haces aquí?

Ella, con torrente de lágrimas que rodaban por sus mejillas, le habló del dolor de su alma, de la vergüenza que padecía, y con voz ahogada por los sollozos, le dijo:

- No me abandones, porque también abandonarás al hijo de nuestros amores.

Él no creyó que fuera cierto, lo que le decía Virginia, porque creía que fuera un ardid para retenerle. En el colmo de su indignación, increpó a la joven diciéndole:

- ¿Cómo soñaste que pudiera casarme con una mujer de tu condición? Y le volvió las espaldas, siguiendo su camino.

La joven, a quien el dolor trastornaba, corrió tras él. Al llegar a la orilla del mar y ver la barca, adivinó el propósito de su seductor. La locura del dolor se acrecentó y comenzó a dar voces llamando a su padre para que impidiera la fuga de los desalmados.

Luis, enfurecido, interrumpió aquel clamor desesperado, apretándola por la garganta, con tal fuerza, que la joven perdió el sentido.

Creyendo que estaba muerta, el escudero le dijo a su amo:

- Lo mejor que hizo señor. Ya no hablará nada.

Luis, vuelto a la realidad, al escuchar a su lacayo, se asustó porque el no pensó en matar a Virginia. Eso no.

- ¿Qué hacer ahora? Le decía a su cómplice.

No se alarme, usted. La echaremos en la barca, y cuando estemos lejos, la tiraremos en las profundidades del mar.

A Luis le repugnaba este hecho. Pero el dejar allí a Virginia muerta, sería descubrir su secreto y su crimen. Atendió, pues, el consejo de su

servidor. Ambos entraron en la barca llevando el cuerpo inanimado de la joven. El aire del mar hizo refrescar el rostro de la joven, y su cuerpo fue volviendo a la vida. La sangre comenzó a circular nuevamente, casi normal. Como no tenía conocimiento de lo que ocurría a su derredor, se estuvo quieta, esperando el desenlace en que ella era la protagonista.

Cuando los que remaban, consideraron que era el lugar lo suficientemente profundo del mar para ocultar el crimen, porque estaban bien distantes de la costa, donde habitaba la joven, con su padre, ataron sus pies a un lingote de hierro con una gruesa soga, y levantando el cuerpo de la pobre víctima de los dos y, mirando a todas direcciones, lo arrojaron al mar, sin sentir el más leve remordimiento de conciencia.

Solo un grito formó eco en el espacio, mientras aquel cuerpo, que sació las ansias perversas y morbosas, de un mal hombre, se sepultaba en las aguas, disipando así las huellas de aquel crimen, única forma de libertarse para siempre de la justicia y de la víctima.

Al tomar el cuerpo entre sus perversas manos, ambos se miraron, en una consulta impiadosa. No era un cuerpo sin vida lo que cargaban. Era una mujer a quien iban a quitarle la vida. Bien sabían que ella estaba en posesión de sus facultades corporales. La presión de aquellas manos bárbaras, solo habían producido en el organismo una ligera asfixia, de la cual volvió. Pero no vacilaron. Era lo mismo matarla estrangulada, que por sumersión. ¡Ninguno de los dos había temblado!

Cuando volvieron la vista, solo vieron una mano que se alzaba como pidiendo auxilio. Luego, nada.

Ellos siguieron la ruta escogida. Nadie sospechó de ellos. Luis vivía alegre y feliz, siendo respetado por el capital que poseía, que lo hacía parecer como un gran señor.

## VIII

Nadie se ocupó de Virginia por haber desaparecido, porque los pocos que estaban enterados del hecho, pensaban que, cansada de aquella soledad en que pasaba su existencia, en la cabaña, junto a su padre, se había alejado con el dueño del castillo, en cuya compañía la vieron algunas veces.

## IX

El padre, al no encontrarla, lleno de dolor, pidió la ayuda de sus vecinos para ver si la hallaban. Pero todos, con sonrisa irónica, le dijeron que no se inquietara, porque la hija amada se había ido por su gusto con el galante conquistador. Y hasta con malos modales le negaban el auxilio y la ayuda solicitada, por el pobre padre.

Así deambuló por montes, cañadas, valles, y por la costa, cerca de la orilla del mar, sin lograr hallar a la hija adorada.

Entretanto las lágrimas no cesaban de asomar sus ojos, que estaban enrojecidos de tanto llorar. Lloró tanto, sufrió tanto, que el dolor trastornó su equilibrio mental, convirtiéndolo en un loco pasivo, locura que consistía en estarse horas y horas arrodillado mirando el agua del mar, y preguntándole, indagándole, dónde estaba su hija. Le pedía que se la devolviera. Así estuvo mucho tiempo, hasta que una mañana, luminosa y radiante de luz por los primeros rayos del sol, unos vecinos lo encontraron muerto, con la sonrisa en los labios, a manera de perdón.

## X

Luis, el señorito conquistador, y Eugenio, que tal era el nombre del escudero, murieron al cabo del tiempo. Ambos llevaban en el alma el remordimiento de aquel crimen, y aunque sin confesárselo el uno al otro.

Luis, a veces pensaba, que tal vez fuera cierto lo que Virginia le había dicho respecto al hijo que llevaba en sus entrañas.

Arrepentido, algo hubiera dado por volver a aquella costa lejana, pero nunca lo intentó. El escudero, remordido por la consciencia, se decía a sí mismo: si hubiera matado a veinte hombres no me dolería tanto como haber echado al mar a aquella pobre víctima de la lujuria de aquel hombre insaciable con las víctimas propicias e inocentes.

Y de esta manera, ambos vivieron hasta el fin de sus días en la Tierra, acosados por el remordimiento, como un castigo a sus propios delitos cometidos.

## Epílogo

Cuando rindieron la jornada en la Tierra, se encontraron en el Espacio con el Espíritu de aquella a quien tantos daños hicieron, que resplandecía luz y pureza, y que fue el que les recibió, ofreciéndoles el perdón, con lo cual llegaron ambos a arrepentirse sinceramente.

El Espíritu de Virginia, que había progresado, les ayudó a encausarse en la senda de la redención, y le acompañó durante existencias anteriores, a la presente, en las cuales fue el espíritu de Luis el que lloró amargos desengaños pues aunque el alma de Virginia, con generosidad sorprendente, le perdonó, aquel Espíritu que había sido orgulloso y déspota en el ayer, tuvo muchas víctimas de sus fingidos amores y ahora le encontraste con la envoltura de mujer nuevamente, siempre protegido por Virginia, que nunca le abandona, que como Espíritu le siguió a esta nación, donde vivo reencarnar su amor de ayer para expiar el pasado.

- ¿Quieres saber quién era el escudero?

- Era el que manejaba la barca. Nació medio idiota para expiar la locura del padre de la joven víctima. No evitó la muerte de los demás, porque así tenía que ser.

El otro joven que murió para salvar a la señorita de hoy, es el padre de Virginia, que perdió su vida para salvar a la hija de ayer.

Todo esto era necesario para que los tres se encontraran nuevamente en el Espacio.

Ahora comprenderás la razón que tenía al decirte que era de lamentar el prólogo y no el epílogo de la historia que has escrito.

Esos tres Espíritus seguirán unidos por el amor, encausándose cada vez en la senda del progreso y no olvides que “quien mata con espada con espada morirá”. - Adiós.

## **Ines María Fresno Basulto**

### **Breve reseña biográfica**

Nace el 3 de enero del año 1916 en la ciudad de Holguín. Hija de Hilario y Caridad.

De condición humilde, transcurrió su niñez rodeada de cariño junto a sus padres y hermanos.

Al entrar en la adolescencia siendo una joven responsable e inteligente estudia de forma autodidacta Farmacéutica con ayuda del Doctor Osvaldo Jordán conocido en Melones como el médico del barrio.

Fallece su padre y deciden mudarse a Melones, allí es donde Inés trabaja incansablemente en la labor espiritual, mantiene la misma a la par de su trabajo en la farmacia conjuntamente con el Doctor Jordán.

Inés visitaba el centro espírita Amalia Domingo Soler fundado por Don Lorenzo Cruz, obtuvo el cargo de vicepresidenta, compartiendo los mismos ideales de la doctrina sistematizada por Kardec.

Al desencarnar Lorenzo, Ines asume la presidencia de la institución hasta que sus problemas de salud no le permiten asistir más a la misma.

En enero de 1948 a petición del entonces Presidente de la Unión Social Espiritista de Oriente, en Santiago de Cuba, Publica una serie de trabajos mediúmnicos entre los que se destaca: "La Historia de Julia Hernández, la joven suicida" Revelaciones de otras existencias, dictada por una entidad del espacio.

Allí nos dice: Acepté la tarea de predicar y practicar el Espiritismo, desde entonces he venido consagrada a la exteriorización de las manifestaciones de los habitantes de un mundo que no está lejos de la humanidad, sino que es la vinculación continuada de nuestras vidas y nuestras luchas.

Otras obras de su autoría que también fueron publicadas:

1. “Los hechos del pasado nos muestran el presente”
2. “¿Quién fue ayer el hijo de la mendiga para sus padres e hoy?”

Desencarna el 3 de marzo de 2010 con 94 años en el poblado de Melones del Municipio Rafael Freyre a causa de un infarto Agudo del Miocardio.